

## V

### TRANSFORMACIÓN DE LA ANTIGUA IGLESIA EN LA IGLESIA EUROPEA MEDIEVAL

A la época de los grandes padres de la Iglesia suceden largos siglos de obscuridad. Después de haber viajado por los más esplendorosos paisajes, la Iglesia, y con ella la historia de Europa, se introduce en un tenebroso túnel, que no parecía haber de acabar nunca. O quizá sería más justo decir: tras el tiempo de la cosecha y de la recolección de los frutos maduros, viene ahora un invierno multiseccular. Y del mismo modo que en la naturaleza el invierno no es en verdad un tiempo de muerte, sino que en él se preparan y disponen las fuerzas y la savia, en expectación de la próxima primavera, así ocurrió también con la Iglesia. A juzgar por las apariencias externas, salió completamente transformada de este sueño invernal, pero rebosante de energías y de una nueva vitalidad.

Muchas fueron las causas que concurrieron a sumergir al mundo antiguo en aquel estado de desmayo o petrificación, que a las veces no parece otra cosa que una auténtica muerte. Una de tales causas fue el proceso que nuestra historia conoce con el nombre de «invasión de los bárbaros».

#### *Las invasiones.*

Sobre las invasiones han prevalecido durante mucho tiempo ideas muy poco acertadas. En los países latinos, donde este fenómeno es designado con el elocuente nombre de «invasión de los bárbaros», los libros de historia gustaban de presentar un impresionante cuadro de las salvajes hordas germánicas devastando a sangre y fuego las florecientes tierras del Imperio romano y aniquilando su antigua y refinada cultura hasta no dejar de ella más que unas pocas ruinas. En los países del Norte, en cambio, donde no es habla de «invasiones de bárbaros», sino de «migración de pueblos» (*Völkerwanderung*), se prefería imaginar poderosos y nobles caudillos que, recorriendo el ancho mundo al frente de sus ejércitos, barrían con sus inauditas y victoriosas campañas los últimos restos del corrompido y decrepito Imperio, para levantar por doquier estados nuevos y

exuberantes de vida y frescor. Pero hoy estamos mejor informados. Las cuidadosas investigaciones llevadas a cabo en el entretanto por la ciencia histórica nos han puesto en situación de formarnos de esta época una imagen más sobria, y por tanto más correcta.

Por de pronto, conviene dejar sentado que las «invasiones» no fueron un súbito desbordamiento, sino un largo y complicado proceso de desplazamiento y penetración, que empezó ya mucho antes del siglo III para no terminar hasta el siglo XI. Con frecuencia las guerras dieron ocasión a migraciones en masa, otras veces las guerras no fueron causa sino consecuencia de los movimientos de población; pero a menudo las emigraciones e inmigraciones se efectuaban pacíficamente.

El andamiaje político del viejo Imperio romano nunca acabó de disolverse por completo. La capital imperial era, desde comienzos del siglo IV, Constantinopla. Allí residía el emperador. Las organizaciones de tipo estatal que surgieron en las Galias, en España y en Italia, eran siempre consideradas como partes del Imperio. Algunos de sus soberanos se daban el nombre de reyes, pero ostentaban además títulos militares o civiles que los calificaban de magistrados imperiales. Cuando, en el siglo VI, el emperador Justiniano conquistó el reino que los vándalos habían establecido en África y lo convirtió en una provincia romana, esta anexión no fue considerada como una nueva conquista o una ampliación de las antiguas fronteras. Justiniano no había hecho sino lo que tantos emperadores antes de él, tomar medidas contra un usurpador o un gobernador levantisco.

Tampoco significaba una novedad el proceder de Teodosio el Grande, cuando a su muerte, en 395, dividió el imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio. Ya en el siglo II se habían visto corregentes con título imperial, y desde el siglo III se había hecho habitual que los coemperadores gobernarán territorios separados. Las leyes imperiales, en cambio, se promulgaban siempre en común. Nunca ha existido un Imperio Romano Occidental contrapuesto al Oriental. El hecho de que en el año 476 un caudillo germano depusiera al emperador «occidental» Rómulo, no significa, en el curso de la historia, ni un principio ni un final. Fue uno de tantos pequeños golpes de estado, como los había habido antes y los hubo después. Después de su hazaña, Odoacro siguió considerándose, lo mismo que antes, como general o magistrado del emperador que residía en Constantinopla. De una transformación política a fondo y de un fin del antiguo Imperio romano, no puede hablarse, en todo caso, hasta entrado el siglo VII, cuando el avance del Islam empezó a cambiar todo el mapa político de los países mediterráneos.

Mucho más importantes que las nuevas formaciones políticas establecidas por los príncipes germanos dentro del marco del Imperio, fue la general decadencia de la cultura, a la que es verdad que contribuyeron

las migraciones germánicas, pero de la que en modo alguno fueron la causa única o principal. Este retroceso cultural se hace palpable en más de una esfera. Compárense las inscripciones romanas del tiempo de Augusto o de Adriano con las de los siglos IV, V, VI: se ha deteriorado el gusto, el sentido de la proporción, la habilidad artesana; ha desaparecido también el sentido de la ortografía. Mengua la producción literaria al tiempo que su contenido se empobrece y se estrecha el horizonte. Lo mismo puede observarse en las artes plásticas.

Sin embargo, por ningún sitio aparece una ruptura franca. No se trata de que un buen día haya desaparecido la civilización, substituida por la barbarie. La civilización y la cultura siguen existiendo, como también la economía y el aparato político, pero todo queda como enrarecido y depauperado. La clave para explicar en su conjunto este proceso de descaecimiento debe buscarse en el descenso general de la población.

### *Despoblación del Imperio.*

En el tiempo de su mayor extensión, bajo Augusto y sus sucesores, cuando sus fronteras encerraban todos los países mediterráneos en su más amplio sentido, el Imperio romano debía contar con unos sesenta millones de habitantes, cifra considerablemente menor que la actual, ya que la población de los mismos territorios puede estimarse hoy en trescientos millones aproximadamente. Pero aunque la gente no viviera tan densamente apretada como hoy, había sin embargo la suficiente para mantener activa la economía y el intercambio cultural, y en algunas partes, sobre todo en Asia Menor, Egipto, Norte de África y Galia meridional, la densidad era considerable, aun juzgada con patrones modernos. Grandes ciudades, en el concepto actual, había muy pocas, pero abundaban en cambio las poblaciones de mediano y pequeño volumen. La población siguió aumentando ininterrumpidamente hasta mediados del siglo II; bajo Marco Aurelio es probable que alcanzara los ochenta millones. Entonces se inició un descenso incontenible, que prosiguió durante siglos, hasta que Europa y el próximo Oriente quedaron poco menos que despoblados. Tenemos noticias suficientes para seguir este proceso paso a paso. A partir del siglo III oímos hablar de tierras baldías en regiones por lo demás fértiles. Disminuyen los núcleos urbanos. Roma, que bajo los primeros emperadores había alcanzado quizá el millón de habitantes, no cuenta sino cincuenta mil en el siglo VI. Hay ciudades que desaparecen del mapa. La única que crece es Constantinopla, aunque nunca llegue a ser lo que fue Roma en el tiempo de su mayor esplendor.

La inmigración germánica desde el Norte pudo, a lo sumo, retardar el descenso demográfico del Oeste y el Sur, pero no detenerlo. Las tribus eran poco populosas, y los relatos bélicos que hablan de cientos de miles de

guerreros no son sino fantasías sin valor alguno estadístico. A los recién llegados se les cedió una gran parte del suelo, por lo común dos tercios, a veces voluntariamente, sin que fueran necesarios los trasiegos de población. Las tierras estaban casi vacías, y por decirlo así absorbían a los inmigrantes. En el siglo VII, terminados ya los grandes desplazamientos de pueblos, entre Italia, los países alpinos y danubianos, la Galia, Britania y España debían reunirse unos diez millones de habitantes.

Las causas de este singular fenómeno de la historia europea (suponiendo que su alcance no fuera universal) son difíciles de desentrañar. Sabemos, sí, cómo empezó: con aquella peste que los soldados de Marco Aurelio trajeron de la guerra con los partos y que se prolongó tenazmente durante muchos años en todas las partes del Imperio. Mas las epidemias no bastan para explicar el hecho. En el siglo XIV, cuando se abatió sobre Europa la mayor de las calamidades conocidas de este tipo, la «Peste Negra», el continente se rehizo con relativa rapidez, y en la época del Renacimiento, tan combatida por toda clase de enfermedades contagiosas, se observa incluso un notable aumento demográfico. En cuanto a guerras, en las regiones afectadas por la despoblación, desde el siglo III hasta el tiempo de los carolingios, no fueron más numerosas ni más sangrientas de lo que habían sido o habían de ser en otros siglos. Más bien habría que acudir a otro tipo de causas, de índole social y acaso también moral, pero sobre ellas estamos reducidos a las conjeturas.

La consecuencia de esta despoblación fue el decaimiento de la cultura. No fueron las hordas bárbaras las que devastaron la cultura antigua, sino que ésta desapareció por no tener un pueblo que la sustentase. Decayeron las ciudades, con sus monumentos que hablaban de tiempos de esplendor, no porque las destruyeran, sino porque no quedaba nadie para cuidarlas. San Gregorio Magno cuenta de san Benito que una vez le visitó en Montecasino un obispo y le confió sus temores de que el nuevo rey de los godos Totila destruyera a Roma. Le contestó san Benito: Roma no será destruida por los paganos, sino que, agotada por las tormentas, las intemperies y los terremotos, se irá derrumbando poco a poco. Añade san Gregorio que día tras día puede comprobarse lo acertado de esta profecía, ya que continuamente están derrumbándose y reduciéndose a escombros los monumentos del tiempo antiguo, aquí una casa, allá una iglesia, más lejos un palacio. El último gobernante que se preocupó aún en gran escala de conservar los edificios de Roma, había sido el rey godo Teodorico. Después de éste, ya nadie se cuidó, en la gran urbe casi deshabitada, de salvar la devastada magnificencia de los tiempos pasados. Lo mismo vino a ocurrir en todas partes. No se reparaban los acueductos que la guerra había destruido, porque no había la mano de obra necesaria para ello. Los puertos se arramblaban, sin que por lo demás se sintiera su pérdida, pues no había buques que los necesitaran. Y lo que ocurrió con los edificios, ocurrió

también en el terreno espiritual. Se cerraron las escuelas, por falta de maestros y de estudiantes. El comercio de libros, tan activo en la antigüedad, se extinguió por haber desaparecido su público. Con él pereció también todo estímulo para la producción literaria; ésta se replegó a los claustros, donde los monjes escribían sus crónicas.

Con todo eso, la antigua cultura nunca desapareció del todo. Siempre hubo personalidades aisladas que se encargaron de continuar la antigua tradición. La literatura sobrevivía apenas, pero jamás dejó de haber escritores capaces de usar un latín refinado e incluso de componer buenos versos, como Venancio Fortunato a fines del siglo VI, del cual probablemente procede el antiguo *Pange, lingua, gloriosi praelium certaminis*. En las artes plásticas tenemos obras de todos los siglos, escasas en número pero en modo alguno despreciables. Pero es significativo que, en este campo, toda la inspiración viniera de Bizancio, la parte del Imperio menos afectada por la despoblación.

### *Expansión de la Iglesia.*

Dentro de este decaimiento paulatino, la Iglesia católica consiguió de momento importantes progresos, aun en el aspecto numérico. En tiempo de Constantino los cristianos estaban aún en minoría dentro del Imperio; al principio es seguro que no constituían más que un quinto de la población total. Hacia fines del siglo IV, probablemente eran ya más de la mitad. Naturalmente que en esto contribuyó no poco el cambio de orientación en el gobierno, pero no hay que exagerar el alcance de esta influencia. Las leyes dictadas contra el culto pagano, como las promulgadas por Constancio a partir del 341, no significaban sin más ni más un estímulo para las conversiones. Todavía en el siglo IV muchos de los más altos cargos estaban desempeñados por no cristianos. No es probable que en dicho siglo el ritmo de crecimiento de la Iglesia fuera más rápido que en el anterior. Sin embargo, si aceptamos para alrededor de 313 un número de cristianos de seis a diez millones, para el año 400 tendremos, por lo menos, que doblar esta cifra.

Geográficamente, hacía tiempo que el entero territorio del Imperio estaba espolvoreado de comunidades cristianas. Un avance más allá de las fronteras hacia el nordeste, en la línea Rin-Danubio, no era de momento posible, pues la presión de la población actuaba allí en dirección contraria. En cambio, estaban abiertas algunas líneas de penetración hacia el sureste, y más concretamente, desde Siria hacia Mesopotamia y Persia, y desde Egipto a lo largo del Mar Rojo. En esta parte, el cristianismo rebasó las fronteras imperiales ya en el siglo IV. Desde el siglo III habían llegado cristianos a Persia, y en el IV se encontraban allí numerosas comunidades, que tuvieron que sufrir sangrientas persecuciones. En Arabia meridional, el

pueblo de los homeritas o sabeos estaba del todo cristianizado. Abisinia adoptó también el cristianismo en el siglo IV, y san Atanasio consagró a un obispo para Axum. En el siglo VI, Cosme, al relatar sus viajes por la India, menciona una comunidad cristiana de lengua griega en la isla de Socotora, y tiene también noticias, aunque sólo de oídas, acerca de la existencia de cristianos en el sur de la India. Cuándo y cómo se formaron estos grupos, que debieron de ser muy antiguos, es discutido. El cristianismo llegó, también en el siglo IV, a los países del Cáucaso, a los georgianos y albaneses, que nunca habían pertenecido propiamente al Imperio romano. Es de suponer que estos remotos puestos avanzados serían numéricamente muy pequeños; no pasaban de ser puntas de penetración, avanzadillas, gérmenes henchidos de promesas, Pero estas promesas quedaron frustradas por culpa de las grandes herejías del siglo V, mucho antes de que el Islam obstruyera definitivamente el camino hacia el sureste.

### COMIENZOS DE LA APOSTASÍA EN ORIENTE. LAS HEREJÍAS DEL SIGLO V.

Aunque su punto de partida fuera la negación de la divinidad de Cristo, en el fondo el arrianismo era menos una herejía cristológica que una herejía antitrinitaria. Después de su derrota, el dogma de la Trinidad, de un solo Dios en tres Personas, quedó firmemente asentado en todas partes. La especulación teológica pudo entonces atender a la cuestión de cómo y hasta qué punto podía la segunda Persona divina ser al propio tiempo un hombre verdadero.

#### *El nestorianismo.*

Antioquía, la gran metrópoli de la Siria occidental, había sido desde un principio patria de importantes teólogos. En la historia de la teología se habla de una escuela antioquena, en oposición a la escuela alejandrina. Pero no hay que pensar que en Antioquía funcionara algo así como una facultad o institución de tipo universitario. Es verdad, sin embargo, que los teólogos antioquenos tienen un rasgo común, a saber, una cierta tendencia al racionalismo. Particularmente en la exégesis bíblica, rechazaban la interpretación alegórica desarrollada en Alejandría por Orígenes. El gran san Juan Crisóstomo era antioqueno. Uno de sus maestros había sido Diodoro, que murió en 392 siendo obispo de Tarso, y uno de sus discípulos era Teodoro, el futuro obispo de Mopsuestia, en Cilicia († 428). Mientras san Juan Crisóstomo jamás se apartó de los dogmas tradicionales, Diodoro y Teodoro tentaron nuevos caminos en la especulación cristológica. Aunque cada uno a su modo, ambos intentaron

resolver el problema cristológico en el sentido de que la segunda Persona divina, el Logos, se había establecido en el hombre Cristo, de manera que en éste hay que distinguir dos personas, una divina y otra humana.

Por el momento, se trataba sólo de tesis puramente académicas. Tanto Diodoro de Tarso como Teodoro de Mopsuestia, murieron como prestigiosos obispos y en paz con la Iglesia. Pero otro antioqueno, el monje *Nestorio*, después de ser nombrado obispo de Constantinopla en 428, puso al pueblo en contacto con las nuevas ideas teológicas, al predicar que no debía darse a María el título de Madre de Dios, ya que su maternidad se refería sólo al hombre Cristo, pero no al Logos divino que en este hombre se había alojado.

Esto suponía atacar la fe católica en uno de sus puntos más sensibles, y la excitación provocada fue en seguida muy grande. El obispo de Alejandría, san Cirilo, en la pastoral que los prelados de esta diócesis solían publicar anualmente por pascua, llamó la atención sobre la nueva herejía, informando de ella al papa Celestino I (422-433). Se requería una intervención tanto más enérgica, por cuanto el fautor de la peligrosa doctrina era nada menos que el obispo de la capital del Imperio. No anduvieron remisos en ello ni el papa Celestino ni Cirilo de Alejandría.

El 11 de agosto de 430 el papa escribió al obispo de Constantinopla, conminándole a que en el plazo de diez días después de haber recibido la carta, abjurara por escrito de su doctrina, so pena de quedar excluido de la comunión de la Iglesia católica. El documento lo envió a Alejandría, encargando a san Cirilo de llevar a cabo la gestión. Si Nestorio se negaba a firmar la declaración que se le pedía, Cirilo debía cuidar de que se designara un nuevo titular de la sede de Constantinopla. El papa le invitaba, además, a que enviara copias del escrito en que se le daban plenos poderes, a los patriarcas de Antioquía y Jerusalén, así como al primado de Macedonia, «a fin de que sea conocida nuestra sentencia sobre Nestorio, o sea, la divina sentencia de Cristo sobre él». Ante este proceder, difícil es negarse a reconocer que los papas de la antigüedad se sentían a sí mismos como representantes de Cristo ante toda la Iglesia.

San Cirilo de Alejandría aceptó el encargo del papa y compuso doce tesis, los doce famosos anatematismos, que propuso a la firma de Nestorio. Nestorio se negó a subscribirlas y, para salir al paso a su inminente deposición, indujo al emperador Teodosio II a convocar un concilio ecuménico. Contaba con que entre los obispos faltaba unanimidad, y sobre todo se fiaba de la ayuda de Juan de Antioquía, que se había mostrado disconforme con los anatematismos de Cirilo.

*El concilio de Éfeso.*

El concilio se reunió el día de pentecostés de 431 en la catedral de santa María de Éfeso. Cirilo estaba presente, pero no había llegado aún Juan de Antioquía con sus obispos sirios. San Cirilo, que se sabía respaldado por el papa, declaró en seguida abierto el concilio, contra el deseo del emperador y desoyendo las objeciones del comisario imperial. Con asistencia de ciento noventa y ocho obispos, ya en la primera sesión condenó la doctrina de Nestorio y dictó su deposición. Unos días más tarde llegó Juan de Antioquía y, asistido de cuarenta y tres obispos y el comisario imperial, inauguró un antisínodo que a su vez depuso a Cirilo. En el entretanto habían llegado los legados papales, que se adherieron al sínodo de Cirilo, y éste excomulgó a Juan y a sus partidarios. El concilio se disolvió, quedando así las cosas.

Perplejo el emperador ante esta situación, empezó dando su aprobación a los dos sínodos, que se habían excomulgado mutuamente. Pero obedeciendo a la inspiración de su piadosa y prudente hermana santa Pulquería, pronto abandonó a Nestorio y lo hizo substituir por un obispo católico, al tiempo que revocaba la sentencia de deposición de Cirilo. Poco después éste se reconciliaba con Juan de Antioquía: aceptó la confesión de fe del antisínodo, a la cual nada había que objetar, y por su parte Juan se declaró conforme con la sentencia contra Nestorio. San Cirilo demostró en esta ocasión que lo único que le interesaba era la cosa en sí, y que en modo alguno estaba poseído de aquella desatentada ambición que algunos historiadores modernos le atribuyen. Con su audacia y rapidez en la acción demostró cuán acertada había sido la elección del papa, al poner en sus manos los asuntos e intereses de la Iglesia en Oriente. Si pudo evitarse un cisma dentro de las fronteras del Imperio, debióse a su intervención enérgica y decidida. Sólo más tarde una especial concatenación de circunstancias permitió al nestorianismo cobrar nueva vida en Persia, allende las fronteras.

### *El monofisismo.*

El constante temor de ver surgir de nuevo el sabelianismo, condenado hacía ya mucho tiempo, había inducido a más de uno a no aceptar la definición del concilio de Nicea. Algo parecido ocurrió después de la condenación del nestorianismo en el concilio de Éfeso: el afán de extirpar de raíz esta herejía, a pesar de que debía darse ya por muerta, descarrió a algunos haciéndoles caer en nuevos errores. Según la doctrina católica, Cristo es una persona única, que posee a la vez la naturaleza divina y la humana. Pero al monje Eutiques, de Constantinopla, le pareció inadmisibles hablar de la coexistencia en Cristo de dos naturalezas, pues esto significaba una concesión al nestorianismo. Su fórmula era, pues, la siguiente: una sola naturaleza (en griego, *mone physis*, y de ahí



monofisismo) en Cristo, y ésta la divina. Cristo es Dios verdadero, pero no es al mismo, tiempo un hombre como nosotros; en él la naturaleza humana se ha disuelto, por así decir, en la divina. En defensa de su teoría Eutiques podía escudarse en san Cirilo de Alejandría, el cual es verdad que en sus anatematismos había usado la fórmula *mone physis*. Pero bajo ésta Cirilo sólo había entendido lo que la teología actual llama «unión hipostática» la unión de las dos naturalezas en una sola persona. No menos que la nestoriana, la fórmula de Eutiques afectaba al fundamento mismo de la fe católica. Pues si Cristo no era un hombre verdadero, tampoco pudo morir realmente en la cruz, y así quedaba puesta en tela de juicio la obra entera de la redención.

Flaviano, obispo de Constantinopla, se dio clara cuenta de la transcendencia de la cuestión, y condenó a Eutiques. Como de costumbre, informó a Roma de la sentencia, y el papa León I no sólo la confirmó, sino que envió su famoso *Tomus ad Flavianum*, una exposición de la doctrina católica sobre los puntos tocados por Eutiques que se distingue por su claridad y solidez de fundamentación. Como tantas veces, las cosas no hubieran pasado de aquí, de no haber sido por la intromisión del emperador. Era éste el mismo Teodosio II, que a su tiempo había protegido a Nestorio y que ahora intervenía en favor de su enemigo Eutiques. Volvió a convocarse un concilio en Éfeso, cuya presidencia volvió a ser confiada al obispo de Alejandría; sólo que esta vez no lo designó el papa, sino el emperador. La sede alejandrina no estaba ya ocupada por san Cirilo, sino por su sucesor Dióscoro, quien quiso imitar la energía de su antecesor, pero sin poseer su espíritu. El concilio se convirtió en un campo de Agramante. Eutiques fue absuelto, se declaró la deposición de Flaviano de Constantinopla y de otros obispos, y el propio Flaviano fue objeto de tan malos tratos, que murió a los pocos días. Indignado el papa, al que los depuestos habían acudido sin demora, llamó al concilio «latrocinio», nombre con que hoy lo conoce la Historia. Huelga decir que no fue reconocido como ecuménico.

### *Calcedonia.*

En medio de toda esta confusión falleció Teodosio II. Ascendió al solio imperial Marciano, marido de santa Pulquería, que ya una vez había sido el ángel protector de la Iglesia. En el año 451 pudo reunirse en la ciudad imperial de Calcedonia, frente a Constantinopla, un concilio legítimo, al que asistieron seiscientos treinta obispos. Fue la mayor asamblea de prelados que se celebró en toda la antigüedad, y sólo en el concilio Vaticano de 1870 se superó el número de obispos asistentes. Por lo demás, en Calcedonia asistieron casi exclusivamente obispos de la Iglesia oriental. Ocuparon la presidencia los legados del papa. La decisión

dogmática de León el Grande contra Eutiques, el *Tomus ad Flavianum*, fue leída ante la asamblea y aclamada por los padres con el grito de «Pedro ha hablado por boca de León». Se confirmó de nuevo el carácter ecuménico de los concilios de Nicea (325), Constantinopla (381) y Éfeso (431), se condenó el «latrocinio de Éfeso» de 449, y Dióscoro de Alejandría, el causante de aquellos males, fue depuesto de su cargo.

Hubiérase dicho que las cosas volvían al buen camino. Y sin embargo, los decenios siguientes al concilio de Calcedonia figuran entre los más tristes de la historia de la Iglesia. Entonces empezaron las grandes apostasías orientales. Diversas causas contribuyeron a ello. Muchos obispos se declararon posteriormente disconformes con Calcedonia, porque seguían temiendo que la condena del monofisismo pudiera a fin de cuentas desembocar en una reviviscencia del nestorianismo. Mas lo peor era la falta, en las mentes de muchos, de una clara conciencia de la indisoluble unidad de la Iglesia. Se habían habituado demasiado, desde los tiempos de Constantino, a ver en el emperador al jefe efectivo de la Iglesia. Para ellos, ser fiel a la Iglesia y serlo al emperador eran una misma cosa, y cuando empezó a desvanecerse la idea de la unidad del Imperio, se aflojó también el sentimiento de la unidad eclesiástica. No es que fuera un nacionalismo en el sentido moderno: nadie pensaba, en Siria o en Egipto, en erigir estados nacionales. Pero no se sentían dispuestos a obedecer en todo, y hasta en sus convicciones religiosas, a los dictados del gobierno de Bizancio.

El primer país que se separó de la Iglesia fue Egipto, o, hablando con propiedad, se escindió en dos partes, una mayor, la Iglesia nacional copta, con credo monofisita, y una menor, que se mantuvo fiel al concilio de Calcedonia. Es significativo que más tarde se llamara a los adeptos de esta última «melquitas», o sea, regalistas, fieles al gobierno. Hacia 460 pudo darse por consumada la separación, que arrastró también consigo a la naciente Iglesia abisinia.

También la Iglesia siria, mucho mayor que la egipcia, o sea, el patriarcado antioqueno, que comprendía más de doscientas sedes episcopales, se dividió en monofisitas y melquitas fieles al emperador. Por si fuera poco, los cristianos residentes allende las fronteras imperiales, en Mesopotamia y en Persia, que eclesiásticamente dependían también de Antioquía, se desprendieron de este patriarcado y fundaron en 486 su patriarcado propio en Ctesifonte-Seleucia, en el bajo Tigris, el cual a no tardar (498), para recalcar aún más su independencia y oposición a los antioquenos monofisitas, abrazó un credo nestoriano.

*El «Henotikón».*

Para detener la general defección, el emperador Zenón encargó al patriarca de Alejandría Pedro Mongo y al patriarca de Bizancio Acacio que redactaran una confesión de fe, que fue publicada en el año 482 con el título de «Henotikón» (edicto de unión), e investida del carácter de ley imperial. En ella se condenaba por igual a Nestorio y Eutiques, se rechazaba el concilio de Calcedonia y sólo se admitían como normas de fe el concilio de Nicea y los anatematismos de Cirilo contra Nestorio. Pero en lugar de establecer la paz, esta nueva intromisión del gobierno imperial en cuestiones religiosas no hizo sino agravar la confusión. Para los católicos el «Henotikón» era inaceptable, puesto que en él se desautorizaba el concilio de Calcedonia. Por consiguiente, el papa Félix II (483-492) excomulgó a su autor, Acacio de Constantinopla, lo cual dio pie a un primer cisma entre Roma y Bizancio, que no fue allanado hasta 519. Por su parte, los monofisitas de Egipto y Siria no tenían la menor intención de aceptar el «Henotikón», puesto que en él se condenaba a Eutiques. Lo aceptaron, en cambio, los armenios. Al hacerlo, se separaron de Roma y siguieron separados aun después de que Bizancio hubo renunciado al «Henotikón».

Así fue como, en unos pocos decenios, la Iglesia católica vino a perder un extenso territorio con numerosos y antiquísimos centros de cultura cristiana: Egipto, cuna de la vida monástica, que había dado a la Iglesia un Orígenes y un san Atanasio; Siria, con sus tradiciones que se remontaban a la edad apostólica, donde en el siglo IV Afraates y el gran san Efrén habían echado los cimientos de una importante literatura nacional católica; Persia, Armenia y otras prometedoras avanzadas de la expansión misional. Desvaneciéronse las esperanzas, que tan fundadas parecían desde el siglo IV, de conquistar el Asia y el África oriental. De poco iba a servirle a la Iglesia el que el nestorianismo, partiendo de Persia, avanzara en la Edad Media hacia el centro del Asia y hasta China.

Lo que en cifras significaran estas pérdidas, es difícil de calcular. Los países afectados por la apostasía estaban ya muy despoblados en el siglo V. La defección no fue general, y en el oeste de Siria, en Palestina y Egipto continuó habiendo minorías católicas. Pero el número de los que se separaron de la Iglesia pudo muy bien llegar a los cuatro o cinco millones, lo que entonces significaba acaso un cuarto de la total población católica.

### *Las Iglesias orientales separadas.*

Más tarde, cuando los bizantinos se separaron definitivamente de la Iglesia, arrastraron también consigo a las minorías que en Egipto y Siria habían permanecido fieles a la catolicidad, con la única excepción de los maronitas del Líbano, que aún hoy forman un islote católico de unas seiscientos mil almas. Aparte de ellos quedan todavía, como resto del antiguo patriarcado de Antioquía, unos ciento cincuenta mil jacobitas

cismáticos y unos cuatrocientos mil melquitas separados (comprendidos los de América), además de unos cien mil sirios unidos (del patriarcado de Mardín, en el Tigris superior) y unos doscientos setenta mil melquitas unidos. De la Iglesia oriental siria, que en el siglo V abrazó el nestorianismo, quedan hoy ciento ochenta mil caldeos (unidos) y ochenta mil nestorianos, que siguen separados de la Iglesia. Los nestorianos de la India meridional en el siglo XVI pasaron a la confesión monofisita, y hoy cuentan con unos setecientos mil adeptos, junto a casi un millón quinientos mil católicos. El número de georgianos separados se estima en unos dos millones; el de los armenios en unos tres millones quinientos mil, aunque estos nunca han pertenecido al patriarcado de Antioquía. Los armemos unidos son al menos unos cien mil, aunque no es posible dar cifras seguras tratándose de un pueblo tan disperso y víctima de tantas y tantas persecuciones, aun en los tiempos más recientes. Advirtamos que las demás cifras que hemos dado tampoco pretenden ser siempre rigurosas, sino que sólo tienen el valor de cálculos aproximados, en los que además no siempre queda claro si se incluyen los grupos emigrantes establecidos a menudo muy lejos de su país de origen, sobre todo en América.

Del antiguo patriarcado de Alejandría subsisten en Egipto casi tres millones de coptos monofisitas, junto a unos setenta y ocho mil unidos. De los melquitas egipcios, que no se separaron de la Iglesia hasta la consumación del cisma bizantino, quedan todavía unos ciento veinte mil, más algunos pocos unidos. Los monofisitas abisinios pueden calcularse en unos ocho millones, además de cuarenta y ocho mil unidos<sup>1</sup>.

Así, pues, los restos de los grandes patriarcados orientales se reducen hoy a unos veinte millones de cristianos, de los cuales unos dos millones quinientos mil pertenecen a la Iglesia católica.

En valor absoluto son probablemente más de los que contaban los antiguos patriarcados en tiempo de la separación; pero hoy apenas se advierten, sumergidos entre el resto de la población, que en aquellas regiones ha experimentado un aumento enorme.

La Iglesia católica atiende con una especie de respetuoso amor estos pequeños grupos, que han conservado su fe cristiana heredada de la más remota antigüedad en circunstancias con frecuencia durísimas, y protege sus venerables ritos y usos. Es asimismo innegable que entre ellos la vida eclesiástica parece cobrar hoy nuevos bríos. No nos engañemos, empero: las grandes defecciones del siglo V significaron para la Iglesia una pérdida irreparable. Por culpa de ellas la Iglesia se vio expulsada del suelo asiático durante casi un milenio, y recluida en Europa. La conquista de Asia, y en parte también la de África, que en la antigüedad parecía estar al alcance de

---

<sup>1</sup> Cifras tomadas de W. DE VRIES, S. I., *Die orientalischen Kirchen*, Wurzburg 1960.

las manos, tuvo que ser reemprendida en la edad moderna por caminos totalmente distintos, y aun hoy puede decirse que está en sus comienzos.

Mas las consecuencias de la apostasía del Oriente no dejaron también de afectar a la Iglesia en Europa. Mientras los antiguos patriarcados de Alejandría, Antioquía y Jerusalén conservaron todo prestigio, formaron un contrapeso al excesivo poder del obispo de Constantinopla. Alejandría, sobre todo, se distinguió por su fidelidad a Roma. Pero cuando los patriarcados orientales se hundieron en la insignificancia, por la pérdida de la mayor parte de sus fieles, se formó en la Iglesia una especie de dualismo: la vieja Roma y la nueva Roma, el papa y el obispo de Constantinopla. En teoría, la primacía del papa no era negada, pero en la práctica el obispo de Bizancio se sentía demasiadas veces tentado a considerarse como el papa del Oriente. Sólo cuando se hubo extinguido el esplendor de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, empezó el obispo de la capital imperial a designarse con el título de patriarca ecuménico.

## LA EXPANSIÓN EN EUROPA

En Occidente, tenemos en los siglos V y VI un proceso inverso: la Iglesia gana terreno, en lugar de perderlo, aunque no de una sola vez y no sin retrocesos. Uno de estos retrocesos pareció ser, de momento, la invasión germánica, ya que muchas de las tribus recién llegadas eran arrianas.

### *El arrianismo entre los germanos.*

Es un punto que no se ha puesto en claro, cómo el arrianismo, que desde 380 estaba prácticamente extinguido en el Imperio, revivió entre los germanos. En aquella época, los godos, que a principios del siglo IV estaban establecidos al sur del curso inferior del Danubio, contaban ya con algunos cristianos. En el concilio de Nicea aparece un obispo de los godos, Teófilo. Éstos cristianos eran católicos. También más tarde hubo godos católicos, como el mártir Sabas († 372) y la colonia de este pueblo en Constantinopla, para la cual san Juan Crisóstomo organizó el ministerio pastoral en lengua gótica. Pero entre ellos actuaban también misioneros arrianos, y en especial Ulfilas, a quien en 341 Eusebio de Nicomedia consagró como obispo y que, gracias a su traducción de la Biblia en lengua gótica se convirtió en el creador de la más antigua lengua literaria germánica. Lo más probable es que los godos, que a mediados del siglo IV se convirtieron en gran número al cristianismo, no se dieran cuenta de la diferencia. Lo que ellos querían era abrazar la religión de los romanos, y la fueron a buscar en Constantinopla, donde gobernaba el emperador Valente,

que era arriano. Luego, en 378, cuando entraron en guerra con el emperador y se encontraron con connacionales suyos que luchaban en las filas imperiales, no salían de su sorpresa, según cuenta san Isidoro, al ver que éstos profesaban una fe distinta y les negaban la comunión.

Verdad es que esto no alcanza a explicar por qué también los gépidas, burgundios, suevos, vándalos, hérulos, longobardos y otros, fueran también arrianos. Pero tampoco es segura la extensión que entre ellos alcanzó el arrianismo. Eran arrianas las familias gobernantes, emparentadas entre sí, y aun éstas no todas. El príncipe de los francos Clodoveo se convirtió en 496 del paganismo al catolicismo. Una de sus hermanas era arriana. El rey de los ostrogodos Teodorico († 526) era arriano, pero hijo de madre católica. El primer duque de los bayúvaros o bávaros Garibaldo, conocido por mencionarlo Gregorio de Tours, era católico. Su hija Teodolinda se casó con el rey de los longobardos Autari, arriano. La dinastía arriana de los visigodos en España abrazó en 586 la fe católica. En qué proporción eran arrianos los vasallos de estas familias, no hay manera de saberlo. De seguro que en parte eran aún paganos; en todo caso, no es raro que los escritores antiguos los llamen así, al hablar de determinadas tribus germánicas. Muchos de los visigodos de España eran ya católicos antes de la conversión de Recaredo. Los burgundios son llamados arrianos por Gregorio de Tours, y católicos por Orosio. Además, no vayamos a creer que esas tribus fueran muy populosas. En tierras ya de suyo muy poco pobladas no formaban más que una tenue capa superior.

Por consiguiente, un censo por confesiones en la esfera de influencia de la Iglesia latina, hacia el año 500 hubiera arrojado apenas unas centenas, o quizá decenas, de millares de arrianos, entre quizá cinco o seis millones de católicos. Luego, en el curso del siglo VI el arrianismo desaparece casi por completo, en todo caso antes que los postreros restos de paganismo. En el siglo VII Europa occidental puede en la práctica considerarse católica. Sólo que es también en esta época cuando la curva demográfica alcanza su más bajo nivel.

### *África.*

En África el cisma donatista, en el siglo IV, había irrogado muchos daños a la Iglesia, lo cual no fue obstáculo para que en tiempos de san Agustín († 430) la vida católica floreciera esplendorosamente. Vino luego la conquista del país por los vándalos arrianos, que desencadenaron diversas y sangrientas persecuciones contra los católicos. La situación mejoró en 534, con la reconquista llevada a cabo por Belisario. Algunas de las ruinas de iglesias que se conservan hoy, proceden de esta época. Pero la densidad de población estaba en un continuo descenso. Las ciudades fortificadas que hizo construir el emperador Justiniano, eran mucho

menores que las antiguas. Las admirables canalizaciones y obras de regadío decaían por falta de mano de obra para mantenerlas en servicio; el desierto avanzaba, enterrando bajo sus arenas antiguos campos de cultivo y poblaciones abandonadas. Cuando en 698 los árabes conquistaron Cartago, desaparecieron los últimos restos de la cultura romana, y con ellos el cristianismo.

### *España.*

La inmigración de los visigodos arrianos, realizada a partir de los primeros años del siglo V, no ocasionó perturbaciones de importancia a la Iglesia española. Durante largo tiempo no fue muy extenso el territorio dominado por la dinastía visigoda. El rey Leovigildo (568-586) fue el primero que extendió su dominio sobre casi toda España, y con su hijo Recaredo la dinastía se hizo católica. Empezó entonces una época de gran florecimiento para la Iglesia, época iniciada por los dos hermanos san Leandro y san Isidoro († 600 y 636), que uno después de otro fueron obispos de Sevilla. En Toledo, que desde Leovigildo fue la capital del reino, de 400 a 701 se celebraron dieciocho concilios, cuyas actas constituyen la fuente principal para el estudio de la vida eclesiástica. La conquista de casi toda España por los árabes en 711 aportó a la Iglesia toda clase de dificultades, pero en modo alguno su desaparición. Subsistieron más de treinta obispados. Sólo más tarde ocurrieron algunas persecuciones sangrientas. Pero más que los árabes, lo que de veras perjudicó a la Iglesia en España fue el general decrecimiento de la población y la extinción de la cultura.

### *La Galia.*

La Galia, que en la época de oro del Imperio romano debía contar con una población similar a la de España, o sea de ocho a nueve millones de almas, en el siglo VI, bajo los primeros merovingios, conservaba aún una cultura considerable y una economía relativamente desarrollada. Ya a principios del siglo IV poseía más de treinta sedes episcopales. En la vida religiosa se hacía sentir, desde el Sur, el benéfico influjo de Lérins, como más tarde el de Luxeuil, en Borgoña. En el siglo VI había aún obispos tan importantes como Avito de Vienne († 518) y Cesáreo de Arles († 542), destacados incluso como teólogos, y Gregorio de Tours († 594), cuya *Historia de los Francos* y otras obras son las principales fuentes de que disponemos para conocer aquel período. Es, con todo, significativo que Gregorio de Tours no estuviera ya en situación de escribir en un latín gramaticalmente correcto. Las numerosas vidas de santos escritas durante la época merovingia, no sólo influyeron intensamente sobre la hagiografía

medieval, sino que contribuyeron decisivamente a configurar el tipo medieval del santo. Los numerosos sínodos, que no se celebraban todos en una capital, como en España, sino en distintas localidades, son también indicio de una activa vida eclesiástica. Hacia el final del periodo merovingio, la decadencia política va de la mano con el decaimiento cultural y económico y también con el de la Iglesia. Una vez más, el continuo retroceso en la demografía debió de ser una de las causas principales de la decadencia. Esto no fue obstáculo, sin embargo, para que la Galia y el reino de los francos constituyeran el núcleo alrededor del cual debía más tarde formarse la familia de naciones europeas, y ello explica que el centro de gravedad de la vida eclesiástica se desplazara cada vez más en esta dirección.

### *Britania.*

A diferencia del continente, donde nunca se produjo una completa solución de continuidad con la cultura romana, en las Islas Británicas ocurrió una ruptura tajante. A comienzos del siglo V se retiraron de las islas las guarniciones romanas y el aparato administrativo. Los britanos, numéricamente muy débiles, para defenderse de los escotos que empujaban desde el Norte y que sólo con grandes esfuerzos habían sido tenidos a raya por los romanos, no tuvieron otro remedio que llamar en su auxilio a los germanos del continente. Los recién llegados, anglos, sajones y jutos, paganos todos ellos, arrinconaron luego a los britanos católicos en las regiones montañosas de Gales y Cornualles, cuando no los obligaron a emigrar al continente, a la región que de ellos recibió el nombre de Bretaña. Así en el siglo V el cristianismo estaba poco menos que extinguido en Inglaterra, mientras que en Irlanda, que jamás había sido romana, llegaba a su mayor esplendor gracias a la obra de san Patricio y sus sucesores. Desde Irlanda fueron también evangelizados los escotos, pueblo afín a los irlandeses, y monjes irlandeses y escoceses pudieron luego reemprender la obra misionera en Inglaterra. San Gregorio Magno envió en 596 a Inglaterra monjes benedictinos, que dieron un gran impulso a la cristianización, aunque no faltaron rozamientos con sus predecesores irlandeses, cuyas prácticas eclesiásticas discrepaban fuertemente de las romanas. El relato que nos hace Beda de la reinstauración de la sede episcopal de Canterbury en el año 669, arroja luz sobre las dificultades que surgían en aquel país entonces tan remoto, así como sobre lo mísero de las condiciones. Había fallecido el único obispo del país, y los príncipes ingleses enviaron una embajada al papa para pedir el nombramiento de un sucesor. Los enviados, no habituados al clima meridional, murieron todos en Roma. Entonces el papa consagró obispo a un monje griego, Teodoro, el cual necesitó dos años para llegar a Inglaterra, pero una vez allí desplegó



una gran actividad. Como griego y civilizado que era, se ocupó de extender los conocimientos científicos, tomando personalmente en sus manos la educación de sus clérigos, a los cuales enseñó incluso la lengua griega. Así se explica que el monje benedictino Beda el Venerable († 735) pudiera hacer gala de una ciencia, muy vasta para aquel tiempo. Su *Historia de Inglaterra* es para nosotros una obra tan fundamental como la de Gregorio de Tours para Francia. Beda tradujo además el Nuevo Testamento al anglosajón. La Iglesia inglesa se caracterizó por una especial adhesión a la sede apostólica. Eran frecuentes las peregrinaciones a Roma, así como los envíos de dinero. En el siglo VIII estaba Inglaterra en situación de enviar al continente un gran número de misioneros.

## EL CRISTIANISMO EN ALEMANIA

La Germania, como concepto geográfico, era en tiempos de los romanos el territorio comprendido entre el bajo Rin y el Elba; pero este país jamás formó parte del Imperio de un modo duradero. Las dos provincias romanas establecidas a lo largo de toda la orilla izquierda del Rin, ostentaban los nombres de Germania Superior y Germania Inferior, pero administrativamente eran consideradas como parte de la Galia. El territorio que se extiende al sur del Danubio y el de los Alpes fue incluido dentro de las dos provincias de la Recia y el Nórico. El triángulo formado por el Rin y el curso alto del Danubio, entre las dos provincias de Germania Superior y Recia, fue protegido por medio de una línea fortificada, el *limes*, pero estaba muy poco poblado y carecía de la administración propia de una provincia.

En estas regiones administradas por los romanos, es probable que desde el siglo III, y seguro que desde el IV, hubo algunos cristianos y comunidades cristianas aisladas. Lo demuestran no sólo los martirios históricos del tiempo de la persecución de Diocleciano —Víctor en Xanten, Afra en Augsburgo, Florián en Lorch junto a Linz—, sino también numerosos hallazgos paleocristianos. Al sínodo de Arles del año 314 acudieron los obispos Materno de Colonia y Agrecio de Tréveris. Tréveris pertenecía a la provincia Gallia Bélgica. En Germania Superior había sedes episcopales en Estrasburgo, Augusta Rauracorum (Augst junto a Basilea) y Vindonisa (Windisch, al noroeste de Zurich); en Recia, las había en Augsburgo y Chur; en el Nórico, en Lorch y Teurnia (junto a Spittal en el Drau). Es probable que hubiera otras más todavía.

En el siglo III empezó la emigración de los alamanos, que atravesando el *limes*, se establecieron en las regiones del Neckar y en la Selva Negra, así como en la actual Alsacia y en el norte de Suiza. Subsistieron los antiguos obispados, sólo el de Vindonisa fue substituido en el siglo VI por

el de Constanza. Desde los primeros años del siglo VII trabajaron en esta región monjes irlandeses como misioneros, y el propio san Columbano actuó algún tiempo entre los lagos de Constanza y de Zurich. Allí se quedó su discípulo Galo. Los duques alamanos eran ya por aquel tiempo católicos. En el siglo VIII acudieron monjes benedictinos. Pirminio († 753) fundó en 724 el monasterio de Reichenau en una isla junto a Constanza, además de otros monasterios. Desde San Galo se fundaron a principios del siglo VIII los monasterios de Füssen y Kempten.

Las antiguas provincias de la Recia y el Nórico fueron repobladas con inmigrantes bávaros; tampoco allí se rompió del todo la continuidad con el antiguo cristianismo romano. La familia ducal bávara, los Agilulfinger, eran ya católicos en el siglo VI. Los monjes irlandoburgundos en el siglo VII llegaron también a Baviera, entre ellos Eustasio, que había sucedido a Columbano como abad de Luxeuil. Fundaciones de obispados no las hubo, empero, hasta principios del siglo VIII. El duque Teodo en 696 llamó a su lado, a Ratisbona, al obispo franco san Ruperto. Éste era lo que se llamaba un obispo itinerante, o sea un misionero con grado de obispo, como no es raro encontrarlos en este tiempo. Teodo le regaló las ruinas del castillo romano de Juvavum, donde Ruperto fundó el monasterio de San Pedro, del cual surgió más tarde la ciudad de Salzburgo. Predicó en Salzkammergut y en Pongau, donde fundó sedes episcopales. En Ratisbona otro obispo itinerante, san Emmerano de Poitiers, fundó el monasterio que llevó su nombre. El obispo san Corbiniano, enviado a Baviera por el papa Gregorio II (715-731), fue el primer abad del monasterio de Freising, por él fundado. El duque Teodo se trasladó a Roma en 716 para acordar con el papa Gregorio II la organización eclesiástica de sus territorios. Pero esta labor no se llevó a cabo hasta después de su muerte, por obra del duque Otilo y san Bonifacio.

### *San Bonifacio.*

El benedictino anglosajón Winfrido o Bonifacio en el año 718 emprendió un viaje a Roma para ver al papa Gregorio II. Este papa, que poco antes había enviado a Corbiniano a Baviera, encargó a Bonifacio la evangelización de la Germania. Bonifacio se dirigió en primer lugar a Frisia, donde su compatriota Wilibrordo trabajaba desde 690 como misionero, y desde 695 como obispo de Utrecht. Bonifacio predicó luego en el Hessen superior, hasta que Gregorio II volvió a llamarlo a Roma y le confirió la consagración episcopal. Seguidamente se fue a visitar a Carlos Martel, para asegurarse su protección, y trabajó luego en el Hessen inferior y en Turingia, ayudado por monjes anglosajones que afluían a él desde los monasterios ingleses. En la tierra recién cristianizada surgieron numerosos monasterios: Amöneburg, Fulda y Fritzlar en Hessen, Ohrdruf en Turingia,

Tauberbischofsheim, Kitzingen, Ochsenfurt, Heidenheim en Franconia. Nombrado por el papa arzobispo y vicario pontificio para todo el territorio misional germano, hizo en 738 su tercer viaje a Roma, para tratar con Gregorio III de la organización de la Iglesia alemana. Se fue luego, en primer lugar, a Baviera y junto con el duque Otilo erigió cuatro obispados: Passau, Ratisbona, Salzburgo y Freising, a los que más tarde se añadieron Eichstätt y Neuburgo. Neuburgo en el Danubio fue separado de Augsburgo en favor de la parte bávara al este del Lech, pero fue cedido de nuevo en el siglo IV.

En Alemania central san Bonifacio fundó los obispados de Erfurt y Würzburg, así como el de Buraburg, que pronto fue trasladado a Fritzlar y más tarde fundido con el obispado de Paderborn, establecido por Carlomagno. Bonifacio presidió varios sínodos generales francos y ungió rey a Pipino en nombre del papa Zacarías. Para sí se guardó el antiguo obispado de Maguncia, que quizá se remontaba a los tiempos romanos; pero en 752 consagró allí como sucesor suyo a su discípulo Lullus y se retiró, como un octogenario que daba por cumplida la tarea de su vida, a su primera tierra misional de Frisia, donde aún seguía muy vivo el paganismo. Allí sufrió el 5 de junio de 754 el martirio que él tanto deseaba.

Con justicia se considera a san Bonifacio como el apóstol de Alemania, y su tumba en Fulda es uno de los más venerables santuarios religiosos del territorio alemán. Aunque no fuera él el primero en introducir el cristianismo en Alemania, se puede decir que hizo del pueblo alemán como tal una nación católica. A partir de entonces hubo, junto a Italia, España, Francia, Inglaterra e Irlanda, también una Alemania católica, llamada a desempeñar un gran papel en la historia de la Iglesia. Verdad es que para hacernos una idea de las condiciones que en tiempo de san Bonifacio prevalecían en Alemania, como en los demás países, no debemos medirlas con patrones excesivos. Si en los siglos X y XI, bajo los Otones y los emperadores salios, cuando el Imperio alemán se extendía considerablemente más hacia Oriente y el norte, éste venía a contar con unos tres millones de habitantes, para el siglo VIII tendremos que contentarnos con una cifra bastante menor. Probablemente nos acercaremos a la verdad si, para el territorio comprendido entre Frisia y los Vosgos y los Alpes suizos, y desde el Drau a los montes de Bohemia y el Harz, admitimos de uno a dos millones de almas. Los poblados quedaban como perdidos en sus pequeños calveros abiertos entre las dilatadas selvas. Ciudades en el sentido moderno, no las había en absoluto. Lo que más adelante habían de ser ciudades, eran en aquel entonces burgos, monasterios, pequeños mercados. Los escritos de los pastores de almas, como Pirminio y el propio Bonifacio, muestran cómo al lado de un cristianismo sincero subsistía aún mucha ignorancia, rudeza y restos de paganismo. Y sin embargo, a no tardar mucho, este mismo pueblo estaba

destinado a desempeñar, aunque por breve tiempo, el papel de pueblo elegido dentro de la comunidad de la Iglesia.

## ITALIA Y LOS PAPAS

Italia era tal vez, entre todos los países europeos, el que más tuvo que sufrir por efecto de las vicisitudes y turbulencias de la época llamada de las invasiones. Es cierto que la campaña del visigodo Alarico, que saqueó a Roma en el año 410, causó una impresión muy superior a los daños reales. Bajo el terror producido por esta noticia empezó en África san Agustín la composición de su gran obra de filosofía de la historia, *La Ciudad de Dios*. Peor fue el segundo saqueo de Roma efectuado por el vándalo Geiserico. Con todo, Roma poseía aún la suficiente vitalidad para reponerse de semejantes descalabros. El golpe de mano del caudillo imperial Odoacro, que depuso al emperador Rómulo (476) y asumió el título de rey de Italia, causó menos perturbaciones de lo que pudiera creerse, y el gobierno de su sucesor, el ostrogodo Teodorico (489-526) fue un período de paz. Teodorico era arriano, pero se portó correctamente con los católicos y mantuvo buenas relaciones con los papas. Verdad es que a ello contribuía también el hecho de que desde 484 estaban rotas las relaciones entre el papa y Constantinopla, ya que el papa no había reconocido el *Henotikón* del emperador Zenón. Aunque Teodorico pretendía pasar por un príncipe del Imperio, no veía con buenos ojos la inclinación de los italianos en favor de Bizancio. Por consiguiente, cuando en 519 el papa Hormisdas (514-523) logró convencer al emperador Justiniano y al patriarca de Constantinopla para que abolieran el *Henotikón* y subscribieran la profesión de fe que él les proponía, empezó el anciano rey a desconfiar de los católicos. Hizo ejecutar a los senadores Boecio y Símaco, y al sucesor de Hormisdas, el papa Juan I, le ordenó que fuera a su capital Rávena, donde murió en el cautiverio.

### *El emperador Justiniano.*

Teodorico murió en 526, y al año siguiente subió al trono imperial el gran Justiniano. No tardó en dejarse sentir de nuevo en Italia la influencia del gobierno imperial. Justiniano mandó a su general Belisario, que en 534 había sometido el África, que pasara a Italia para poner fin al dominio ostrogodo. La dilatada guerra que siguió aportó nuevas devastaciones a la península. Roma tuvo que resistir varios sitios, y en una ocasión todos sus habitantes, que por lo demás no debían ser muy numerosos, tuvieron que ser evacuados junto con el papa.

Belisario, aunque católico de convicciones, ejerció en Roma un gobierno tiránico. Depuso al papa Silverio, del que sospechaba que conspiraba con los godos, y nombró en su lugar a Vigilio. Éste deportó a su antecesor a la isla de Palmaria, donde murió. Vigilio logró ser reconocido por todos como pontífice, pero no tardó en pagar muy cara su desatentada ambición, pues incurrió en un grave conflicto con el emperador Justiniano.

Justiniano, la figura más grande del siglo VI, el restaurador del dominio romano en los países mediterráneos, el creador del *Codex Iuris*, el constructor de Santa Sofía, es para nosotros una personalidad elusiva y difícil de captar. La misteriosa penumbra en que sabía envolverse la corte bizantina nos impide dictar un juicio sobre su carácter moral y sobre sus auténticos propósitos políticos y religiosos. Lo seguro es que su capacidad de trabajo era extraordinaria. Actuó incansablemente en todos los campos de la política y de la administración, y no menos en el de la vida religiosa, como legislador eclesiástico e incluso como escritor teológico. Es indudable que su ideal era asegurar en todo el Imperio la unidad de la religión católica. Pero no lo es menos que la mayor parte de sus medidas, ejecutadas a menudo con gran dureza, o resultaron del todo erróneas o al menos no eran adecuadas para dar resultados convincentes. Justiniano es uno de aquellos grandes de la tierra que, aunque realizaron empresas sobrehumanas, no consiguieron crear nada duradero.

En la esfera eclesiástica, su principal afán era el de reconducir a la unidad a los monofisitas. El fracaso de Zenón con su *Henotikón* había demostrado que nada podía conseguirse con fórmulas de compromiso, que no satisfacían ni a los amigos ni a los adversarios. Justiniano pensó que una de las maneras de quitar fuerzas a los monofisitas, cuya doctrina vivía del antinestorianismo, consistía en condenar la herejía nestoriana partiendo de una base mucho más amplia de como se había hecho hasta entonces. La condena debía comprender no sólo a Nestorio, sino a todos los escritos que de un modo u otro fueran favorables a su doctrina, y en particular la teología de Teodoro de Mopsuestia. Estos escritos, reunidos en tres grupos, recibieron el nombre de «Tres capítulos». Vigilio, que debía su nombramiento de papa a la corte bizantina, fue llamado a Constantinopla, donde se le retuvo durante ocho años. La condena de los «Tres capítulos» despertaba la mayor desconfianza no sólo en Vigilio, sino en la mayoría de los obispos. Los más la consideraban innecesaria y veían en ella un encubierto ataque al concilio de Calcedonia, que lejos de debilitar la posición de los monofisitas, no haría sino reforzarla. Por otro lado, era innegable que los «Tres capítulos» merecían una censura teológica. El papa no asistió al concilio de 553, que condenó los «Tres capítulos», pero ulteriormente confirmó sus resoluciones, por lo que es contado como el 5º concilio ecuménico. Este gesto del papa despertó una viva oposición en Occidente. Las cosas llegaron a tal extremo, que toda el África y las

provincias eclesiásticas de Milán y Aquileya se separaron de la comunión del papa. Sin embargo, sólo en Aquileya se produjo un cisma verdadero, que duró más de cien años. De una aproximación de los monofisitas a la Iglesia católica, después de la condena de los «Tres capítulos», no pudo advertirse ni el menor indicio.

Este mismo siglo VI, durante el cual Italia había tenido que sufrir las guerras de los godos, presencié en 568 la invasión de los longobardos. No consiguieron éstos conquistar a Roma, pero se establecieron e hicieron fuertes al norte y al sur de la ciudad, en Espoleto y Benevento respectivamente, y quedaron como una amenaza permanente. Sin embargo, empezaron a hacerse católicos, bajo la influencia del monasterio de Bobbio, fundado por san Columbano cerca de su capital Pavía, y de la reina Teodolinda, hija del duque bávaro Garibaldo. El último obispo arriano se convirtió a mediados del siglo VII, cuando la corte real era ya católica. Los longobardos no eran tampoco muy numerosos; pero la población indígena había por entonces descendido tanto, que el proceso de asimilación fue mucho más lento que con los godos, y en realidad los longobardos jamás se fundieron del todo con la romanidad.

### *Los papas, soberanos de Roma.*

Si es cierto que a partir del siglo V Italia había dejado de formar parte de los pueblos hegemónicos, no puede decirse lo mismo de Roma. A pesar de contar con tan pocos habitantes y de estar en una región casi desierta, Roma seguía siendo en cierto sentido el centro del mundo. Constantinopla era diez veces mayor, podía enviar ejércitos y flotas, tenía la corte imperial y los altos magistrados del Imperio, podía gloriarse de su comercio, de su ciencia, de su arte. Roma no tenía ninguna de estas cosas. Roma vivía del papa. Roma era del papa. La Silla Apostólica se había hecho muy rica, gracias a las continuas donaciones. Poseía dominios, no sólo en las cercanías de Roma, sino en la Italia meridional, en Sicilia, y hasta fuera de Italia. Los antiguos emperadores habían abastecido a Roma de trigo, haciéndolo distribuir entre la población, y esto es lo que ahora hacía el papa. La corte pontificia se semejaba a la imperial en más de un aspecto; no es que hubiera en ella los escándalos, intrigas, disputas sucesorias y asesinatos que empañaban el esplendor de la corte bizantina, pero el ceremonial cortesano era análogo en muchos puntos. El papa tenía su cancillería y su archivo, dirigidos por funcionarios especializados, a imitación de los antiguos emperadores romanos. Mantenía encargados de negocios, los apocrisarios, en Bizancio junto al emperador, y en Rávena, al lado del exarca. En diversos países había metropolitanos investidos de poderes especiales como vicarios papales: así el obispo de Arles para la

Galia meridional, el de Tesalónica para la Iliria oriental y el de Salona para la occidental.

Hablando con propiedad, el papa no era aún un soberano, ni un jefe de estado. Verdadero soberano lo era sólo el emperador. Todos los demás príncipes y gobernantes, por independientes que fueran, estaban de un modo u otro encuadrados dentro del Imperio, y así también el papa. Pero de hecho, ya en el siglo VI el papa era señor de Roma en el mismo grado en que los duques longobardos eran señores de Benevento o de Espoleto. Sólo que, además, el papa ejercía la soberanía espiritual sobre la Iglesia entera, y esto lo distinguía fundamentalmente de todos los demás príncipes y señores.

### *San Gregorio Magno.*

El mejor testimonio de cómo actuaba entonces el papa como regente de la Iglesia, son las cartas de san Gregorio Magno (590-604). En las 814 cartas conservadas de Gregorio aparece documentada una gran parte de su actividad rectora y administrativa, al menos en la medida en que se efectuaba por vía escrita. En el epistolario encontramos cartas a los emperadores de entonces, Mauricio y Focas, a las emperatrices, a los reyes merovingios y a Brunilda de Borgoña; a los reyezuelos ingleses, al rey Recaredo de España, a diversos gobernadores provinciales y, finalmente, muchas a los administradores de los bienes papales en Sicilia, África, Cerdeña, Galia. Sin embargo, están en mayoría las cartas escritas a obispos, y entre ellas pueden distinguirse tres clases. A los obispos de Italia central y meridional, les escribe el papa como un superior inmediato. Con los prelados del resto de Occidente trata por intermedio de las sedes metropolitanas de Cartago, Numidia, Tesalónica, Salona, Rávena, Milán, Arles, Vienne, Lyon, Autun. A España escribió poco Gregorio, pero entre otras cosas concedió a san Leandro, obispo de Sevilla, el palio, símbolo de la dignidad de metropolitano. Constituyen la tercera clase las epístolas dirigidas a los patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén. Aunque por efecto de la escisión de los monofisitas estas sedes habían perdido el mayor número de sus fieles, Gregorio no les escribe como un superior, sino en el tono de un amigo de igual categoría. Se complace incluso en presentar a estos patriarcas, tan disminuidos de su antiguo poder, como sucesores de san Pedro: no en vano había sido Antioquía la primera sede del apóstol, mientras que la sede de Alejandría había sido fundada por su discípulo Marcos. Por así decir, ellas venían a constituir, junto con la sede romana, una sola sede de san Pedro (Epist. VII 40 a Eulogio de Alejandría). Esto no empece, sin embargo, que, llegada la ocasión, san Gregorio dirija a estos patriarcas serias reconvenciones.

## *El patriarca de Constantinopla.*

El punto más espinoso para el papa era su relación con el patriarca de Constantinopla, y aquí es también donde más difícil nos resulta emitir un juicio. Los obispos de Bizancio habían empezado ya a llamarse «patriarcas ecuménicos». Su privilegiada posición dentro de la Iglesia tiene una historia muy larga.

El concilio de Nicea había ordenado que se observara la prelación que por costumbre se había concedido a los metropolitanos dentro de las distintas provincias, y además había reconocido una posición particularmente honorífica al obispo de Jerusalén, sin substraerlo empero a la jurisdicción del metropolitano de Cesarea en Palestina. El concilio de Constantinopla de 381 dividió a Oriente en cinco demarcaciones eclesiásticas: Egipto (Alejandría), Siria (Antioquía), Ponto (Cesarea), Asia (Éfeso), Tracia (Heraclea). Con ello la organización eclesiástica se adaptaba a la administración civil tal como había sido establecida por Diocleciano. Éste había dividido el Imperio en cuatro prefecturas, cada prefectura en varias diócesis y cada diócesis en varias provincias. La prefectura de Oriente comprendía aquellas cinco diócesis políticas que en 381 fueron también adoptadas como circunscripciones de la jurisdicción eclesiástica. Por consiguiente, mientras en el resto del Imperio subsistía la antigua ordenación, según la cual entre el papa y los prelados locales no había más instancia intermedia que la de los metropolitanos, en Oriente se creó un segundo escalón, el de los archimetropolitanos. Decretóse, además, que el obispo de Constantinopla, aunque perteneciente al distrito archimetropolitano de Heraclea, por su condición de obispo de la capital gozaría de precedencia sobre todos los demás obispos, con la única excepción de Roma.

El concilio de Calcedonia de 451, en su canon 28, dio un paso más y concedió al obispo de Constantinopla el derecho de consagrar a los archimetropolitanos de Éfeso, Cesarea del Ponto y Heraclea, lo que equivalía a agrupar en una unidad superior a estos tres distritos archimetropolitanos. Contra este canon el papa León el Grande levantó inmediatamente su protesta. En el año 452 escribió al emperador que no podía permitir que se restringieran los derechos que los concilios anteriores habían reconocido a los obispos orientales. La sede de Constantinopla ni siquiera había sido fundada por los apóstoles, y su obispo debía darse por satisfecho de que «con ayuda de tu piedad y con mi amistosa aprobación» haya sido elevado a la sede de la capital del Imperio.

En la propia Constantinopla se tenía conciencia de que las pretensiones de su obispo carecían de fundamento histórico. De ahí que más tarde se acudiera para cimentarlas a las reliquias del apóstol san Andrés, que se afirmaba tener en la ciudad. San Andrés no sólo era el hermano de



san Pedro, sino que, además, había sido llamado antes que él al apostolado. A mayor abundamiento, se inventó la historia de que san Andrés había consagrado al primer obispo de Bizancio.

Roma insistió en no querer reconocer el canon 28 de Calcedonia. De todos modos, tuvo que pasar por que el obispo de Constantinopla ingresara en la categoría de los patriarcas orientales y ocupara incluso el primer rango entre ellos. No otra cosa significaba, de momento, el título de «patriarca ecuménico», que se atribuyeron los obispos bizantinos desde el tiempo de san Gregorio Magno. Una verdadera jurisdicción sobre los demás patriarcas de Alejandría, Antioquía y Jerusalén, no la reclamaban, y no hablemos ya de discutir el primado del papa. Pero era, con todo, innegable que los obispos de Bizancio poseían sus propias ideas sobre la organización de la Iglesia, y que la concebían como una jerarquía de funcionarios escalonada según el modelo del estado bizantino. Esta concepción es la que combatió san Gregorio Magno al protestar contra la asunción del título de «patriarca ecuménico»; pero tampoco admitió que el patriarca de Alejandría le diera a él el título de «papa universalis». Gregorio no quería ser la cúspide de una pirámide de funcionarios en el sentido bizantino. El poder del Papado descansaba sobre cimientos de otra índole.

No hacía mucho que Gregorio Magno había cerrado los ojos, cuando ocurrieron sucesos que imprimieron un nuevo rumbo a toda la historia política del mundo antiguo, ejerciendo también una grandísima influencia sobre los destinos de la Iglesia: la aparición del Islam.

## EL ISLAM

Si bajo el nombre de religión se entiende la fe en una revelación, entonces no hay actualmente en el mundo más que dos grandes religiones propiamente dichas: el cristianismo y el Islam. La tercera que, a causa del número de sus adeptos, se suele poner al lado de estas dos, el budismo, no tiene la pretensión de descansar sobre una revelación divina; por consiguiente, más que como una religión, merece ser considerada como una concepción del mundo, como una ideología. Y puesto que dentro del cristianismo ninguno de los grupos separados de la Iglesia católica, en tanto que se mantienen todavía fieles a la idea de una verdad revelada, tienen derecho, por el número de sus adeptos y por su difusión, a ser calificados de religiones universales, podemos dar una forma más precisa a aquella afirmación diciendo: Hoy no existen más que dos religiones universales, el catolicismo y el Islam.

Sociológicamente no es posible establecer una comparación entre estas dos religiones. El Islam no posee una unidad jerárquica. Carece de un

sacerdocio y de un servicio de culto. Está, además escindido, prescindiendo ahora de sectas menores, en dos mitades desiguales: sunnitas y chiitas. Lo que une a todos los musulmanes desde Dakar y Zanzíbar hasta Borneo, la China, Asia Central y sur de Europa, son dos elementos: el Corán y la Meca. Es curioso observar que la veneración de la Meca es un elemento premahometano, en realidad pagano, que, por así decir, se ha empotrado orgánicamente dentro del Islam. Sin embargo, no hay que infraestimar la unidad del Islam, con ser su estructura tan distinta de la Iglesia católica. En todo caso, es mucho más firme que la que existe entre las distintas confesiones cristianas separadas de la Iglesia católica.

La Iglesia y el Islam son, pues, los grandes rivales en la historia religiosa de la humanidad. En el curso de su larga historia, se han mantenido en una fricción constante, a veces franca y otras latente, en el espacio geográfico en que entraron en contacto, o sea, en la cuenca del Mediterráneo. Pero la lucha decisiva entre ellos no se ha producido todavía. Es de esperar, sin embargo, que se producirá en un futuro más o menos próximo, y en ella se decidirá la religión del Asia, del mismo modo que en la historia política de la humanidad lo que en último término, y desde sus comienzos más remotos, se discute es la posesión del continente asiático, y así seguirá siendo aún durante muchos siglos.

Vemos, pues, que la aparición del Islam en la liza de la historia universal desde el siglo VII, es un acontecimiento de trascendental importancia para la historia de la Iglesia. Sus efectos sobre los destinos de ésta fueron, ya desde un principio, de la mayor gravedad.

Al morir Mahoma en el año 632, su dominio no alcanzaba siquiera a la totalidad de Arabia. Sólo después de su muerte los adeptos de la nueva religión irrumpieron en los países civilizados, saliendo de los desiertos de Arabia septentrional. En el año 635 cayó en sus manos Damasco, la primera capital del nuevo Imperio, y en 637 conquistaron la Mesopotamia inferior y Jerusalén. Le llegó luego el turno a Mesopotamia superior. En 641 cayó Edesa. Luego los árabes penetraron en Persia; en 646 conquistaron las regiones del Kars y el Khorassan; en 656 eran árabes toda Persia hasta el Oxus y toda Armenia hasta el Cáucaso. Al mismo tiempo estaba en marcha la conquista del oeste. Ya en 641 cayó Alejandría y con ella Egipto entero. En 644 toda la costa hasta Trípoli estaba en manos árabes. Chipre fue ocupada en 650. Luego vino un parón en Occidente. Cartago no cayó hasta 690, pero después de su conquista se reemprendió el incontenible avance a lo largo de la costa africana. En el año 710 estaban los árabes en Ceuta, en 711 pasaron el estrecho de Gibraltar, ya en 712 estaban en Zaragoza y en 720 en Narbona. En Oriente el año 709 fue conquistada Samarcanda en Transoxania, y en 712 se alcanzaron las riberas del Indo. Más tarde prosiguió el avance por la India, mientras se detenía definitivamente en Europa. Un asedio de Constantinopla, emprendido

prematuramente en 718, terminó en fracaso, y la penetración en Francia fue detenida en 732 por la victoria de Carlos Martel en Poitiers. Con todo, en menos de cien años los árabes habían conquistado un imperio que, si no en número de habitantes, sí al menos en extensión, superaba con mucho al antiguo Imperio romano. Se habían hecho los dueños del Mediterráneo. En el siglo IX conquistaron aún Sicilia (827) y establecieron poderosas cabezas de puente en la costa europea, en Fraxinetum, al sudoeste de Cannes (889-975), y en el Garigliano, a tres jornadas al sur de Roma (880-916).

Las pérdidas inmediatas que la Iglesia católica sufrió por efecto de la conquista árabe, no fueron de momento tan grandes como pudiera parecer. El objetivo de los árabes era someter el mundo a la soberanía de Alá, pero no por ello obligaban a la gente a adherirse al Islam. De todos modos, la idolatría era para ellos una abominación, y cuando se encontraban con un pueblo pagano, lo convertían a la fuerza. Pero no consideraban como idólatras a los cristianos y a los judíos. Ellos poseían su propia revelación, su Kitab (libro), la Biblia, que gozaba también de un gran prestigio entre los árabes. Por consiguiente, los cristianos no fueron molestados en sus creencias ni estorbados en la práctica de su culto, aunque en los países sometidos venían a ser una especie de ciudadanos de segunda categoría, obligados a pagar impuestos especiales y excluidos de los cargos públicos.

En las regiones orientales, Mesopotamia, Siria, Egipto, quedaban muy pocos católicos. Los monofisitas, mucho más numerosos, a menudo llegaban hasta saludar a los árabes como a sus liberadores del yugo bizantino. Los únicos países católicos que quedaron sometidos durante largo tiempo a la dominación árabe, fueron España y el norte de África. En España la Iglesia se mantuvo en pie. Es, en cambio, sorprendente que en África desapareciera del todo, a pesar de que no tenemos noticias de que se forzara la islamización al menos en proporciones apreciables. La razón es, seguramente que no existía ya allí una población católica digna de mención. Las tribus bereberes del interior no habían sido ni romanizadas ni cristianizadas, y ahora se convirtieron todas al Islam. El hecho de que Cartago resistiera cierto tiempo, se explica porque poseía una importante fortaleza defendida por una guarnición bizantina. Pero tampoco allí había una población católica latina en número apreciable. La Iglesia no fue aniquilada en África, sino que se extinguió por sí misma.

Vemos, pues, que las pérdidas numéricas sufridas directamente por la Iglesia de resultas de la invasión árabe no fueron excesivamente grandes. Mucho más sensibles fueron, en cambio, las consecuencias indirectas. No había ya que pensar en un avance misional en las regiones dominadas por los musulmanes. Esto venía en parte de la característica capacidad de resistencia del Islam, dentro del cual las conversiones a otra religión son aun hoy una rareza, y en parte también del hecho de que el mundo islámico

entraba dentro de un círculo cultural completamente distinto, sin ningún acceso abierto a la cultura occidental.

Sucedió, pues, que la Iglesia, que hasta entonces no había conocido ninguna barrera territorial, se encontró de súbito con una frontera geográfica en el sur, que atravesaba el Mediterráneo en toda su longitud y obstruía definitivamente el acceso al Asia ceterior. Esta línea discurría, además, peligrosamente cerca de Roma. Desde entonces, la posición geográfica de Roma dentro de la Iglesia no fue ya central, sino marginal. En consecuencia, el punto de gravedad geográfico de la Iglesia se trasladó hacia el norte, hacia la Galia. Y no fue esto todo. La separación entre el Occidente y Bizancio se hizo, por culpa de los árabes, mucho más tajante. El estado bizantino, empequeñecido y empobrecido por la pérdida de valiosísimos territorios, tuvo que asumir desde ahora la vital misión de poner coto al avance árabe en el Asia Menor. En cierto modo, ello le obligó a volver las espaldas a Occidente. Y el Occidente, que nada tenía ya que hacer en el Mediterráneo, volvió las espaldas a Bizancio. Entre los dos venía a interponerse una especie de zona muerta, la península balcánica, en la que los inmigrantes eslavos establecerían sus reinos, aliándose ora con el Oriente, ora con el Occidente y por esto mismo ensanchando aún más la grieta que a ambos separaba.

El gran viraje de la política europea, la alianza del papa con el imperio carolingio de los francos, que tuvo por consecuencia la constitución de la familia medieval de naciones europeas y que dio al medievo su fisonomía política y eclesiástica, fue pues, un efecto mediato de la conquista árabe. Desde este punto de vista, no dejan de tener razón los historiadores que hoy hacen empezar la Edad Media con la aparición del Islam.

## LOS PAPAS Y EL REINO DE LOS FRANCOS

En Italia se había llegado en el siglo VII a una convivencia relativamente soportable con los longobardos, que dominaban la mayor parte de la península. Bajo el dominio inmediato del emperador estaban todavía Ravena en el norte y Nápoles en el sur, y además Apulia, Calabria y Sicilia. Roma pertenecía también nominalmente al Imperio, aunque de hecho gobernaba en ella el papa. Sin embargo, los longobardos nunca habían renunciado del todo a sus planes sobre Roma, y en el siglo VIII volvieron a adoptar una actitud belicosa. El papa Zacarías (741-752) pudo todavía concertar con el rey Luitprando una paz de veinte años. Pero el segundo sucesor de Luitprando, Astolfo, rompió el tratado: conquistó Ravena (751) y se dispuso a someter también a Roma. Así vino a prepararse aquel

trascendental giro en la historia universal, que desligó políticamente al papa de Bizancio para vincularlo con los francos.

### *La coronación de Pipino.*

En Francia se había producido una completa renovación política. Hacía ya generaciones que los reyes de la casa merovingia, los sucesores de Clodoveo, habían dejado escapar de sus manos las riendas del gobierno, pasándolas a los «mayordomos» de palacio, los cuales alternaban en sus cargos, hasta que la familia de los carolingios, oriundos de la región del Mosa, se apoderó de la mayordomía y la hizo hereditaria. A esta casa pertenecía Carlos Martel, el que en 732 derrotó a los árabes en Poitiers. Su hijo Pipino, desde 746 único mayordomo de todo el reino franco, que entonces se extendía ya desde los Pirineos hasta el Escalda, el Weser y el Lech, decidió convertir en una situación de derecho el estado que de hecho subsistía ya desde antiguo, asumiendo personalmente el título de rey en substitución del impotente merovingio. Antes de dar este paso, solicitó la aprobación del papa, y al efecto envió a Roma como embajadores a Burkhardo, obispo de Wurzburg, y al abad de Saint Denis, Fulrado. El papa Zacarías dio su aprobación, y Pipino fue, en consecuencia, proclamado rey por los magnates del Imperio franco. Ungióle en nombre del papa san Bonifacio, en 751. El último merovingio, Childerico III, fue recluido en un claustro.

Con esto la suerte estaba echada. Desde aquel momento, los vínculos existentes entre el papa y el reino franco eran algo más que una alianza. El pontífice había asumido el papel de garante de la legitimidad de la nueva monarquía franca. Con ello iba implícito un alejamiento político con respecto a Bizancio, cuyo gobierno tiempo ha que no se preocupaba del papa ni de sus dificultades en Italia.

No tardaron en hacerse sentir las consecuencias de la nueva alianza. Pipino entró en Italia, derrotó a Astolfo, le arrebató el distrito antes bizantino de Ravena y lo donó, junto con una parte de Umbría, al papa. Esta llamada «donación de Pipino» es habitualmente considerada como el origen de los Estados de la Iglesia o, más exactamente, del Estado pontificio. Sin embargo, esta tesis sólo puede aceptarse con reservas. Si por Estado de la Iglesia se entiende un estado territorial en el sentido moderno, entonces durante toda la Edad Media no hubo todavía un Estado de la Iglesia propiamente dicho. Los cimientos para semejante Estado no fueron echados hasta comienzos del siglo XVI, por obra de Alejandro VI y Julio II. Pero si con aquella expresión se entiende que el papa ejercía derechos de soberanía en Roma y fuera de ella, entonces hubo un Estado de la Iglesia ya mucho antes de la donación de Pipino.

### *La donación de Constantino.*

Por consiguiente, es también de secundaria importancia saber si la llamada «donación de Constantino», una falsificación que aparece desde el siglo IX y que pasó por auténtica hasta el siglo XV, tuvo o no influencia sobre la donación de Pipino. Según aquel documento, el emperador Constantino había conferido al papa Silvestre la soberanía sobre Italia y los demás países occidentales, erigiéndole, por así decir, en emperador de Occidente. Es una de tantas falsificaciones que surgen en la alta Edad Media, con las que los príncipes temporales y espirituales, las familias y los terratenientes pretendían dar una base histórica o jurídica a sus pretensiones territoriales, fundadas o infundadas; un procedimiento que hoy nos hace el efecto de bárbaro o pueril, pero cuya eficacia sobre la marcha efectiva de las cosas no debe exagerarse demasiado. Ni para erigir un reino bastaba que un cronista cortesano hiciera remontar el árbol genealógico de una familia principesca hasta un antiguo héroe, ni la soberanía y demás prerrogativas del papa debieron su origen al ingenio de un clérigo, cuyo exceso de celo lo impulsaba a suministrar una fundamentación pseudohistórica al estado de cosas existentes.

No es, pues, la donación de Pipino lo que tiene trascendencia histórica, sino la unción eclesiástica de Pipino como rey, la cual con lógica consecuencia condujo, medio siglo más tarde, a que el papa coronara como emperador al hijo de Pipino, Carlomagno.

### *Carlomagno.*

Carlomagno había ampliado considerablemente, por vía de conquista, el reino de su padre. Es verdad que, en el sur, se volvió a perder una parte de la Marca Hispánica arrebatada a los árabes, y sólo Barcelona siguió siendo franca; pero esta pérdida fue compensada por la conquista de la mayor parte de Italia. Carlos fue nombrado rey de los longobardos (774), con lo cual pasó a ser soberano feudal de los principales longobardos que subsistieron. Los dominios del papa no sufrieron daño, al contrario, fueron incrementados con adiciones hechas a la donación de Pipino. Carlos apoyó también a los Agilulfinger de Baviera e incorporó al reino franco los ducados de Baviera y Carintia. En el norte sometió en diversas y sangrientas guerras a los sajones, paganos todavía en su mayor parte, que ocupaban el territorio comprendido entre el Ems, el Weser y el Elba. También los pueblos eslavos de allende el Elba, hasta el Oder y los Cárpatos, los obotritos, servios, checos y moravos, fueron reducidos a una semidependencia, así como los ávaros hasta el Theiss y los croatas en el sur.

El imperio de Carlomagno no constituía un estado unitario ni mucho menos. Lo que mantenía juntas sus dispares componentes era, sobre todo, la poderosa personalidad del soberano. Esta personalidad no dejaba de tener sus manchas y en más de un respecto hace pensar en ciertos tipos de déspotas semibárbaros. Pero lo que no se le puede negar a Carlomagno, es un elevado sentimiento de su responsabilidad. Su propósito era ser un soberano cristiano, y concebía su cargo como un difícil deber. Los procedimientos de que echó mano para la extirpación del paganismo, sobre todo entre los sajones, chocan a la sensibilidad moderna. Pero no puede desconocerse que justamente los sajones abrazaron con un particular ardor la religión católica, que tan violentamente les había sido impuesta. Carlomagno se sentía a sí mismo como defensor de la Iglesia, y a veces se permitió entrometerse muy libremente en los asuntos eclesiásticos. Con todo, no puede hablarse, a propósito de él, de cesaropapismo. La Iglesia era objeto de sus cuidados, no un medio para sus fines, ni un instrumento de gobierno. «Un cesaropapismo propiamente dicho difícilmente podía surgir en el peculiar estado de cosas creado por la unión de Pipino y más tarde por la coronación de Carlomagno. El papa pertenecía de lleno al Imperio, invocaba la protección y la justicia del emperador, y le debía fidelidad, como otro vasallo cualquiera. Pero al mismo tiempo, el papa, como última instancia sobre la tierra, había conferido la dignidad real e imperial a la familia reinante, y no como un funcionario que ejecuta un rito, sino como un creador de derecho. En lo sucesivo, quien quisiera poseer la dignidad imperial de Carlomagno, sólo podía recibirla de manos del papa, y si éste se la negaba, no podía ser emperador. Esta peculiarísima imbricación de los dos poderes, según la cual cada uno de ellos estaba en ciertos aspectos subordinado al otro, dominó durante siglos la alta política de la Edad Media, hasta el siglo XIII y aun más allá.

## LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA BIZANTINA

No hay duda de que la erección del Imperio occidental por obra de León III y Carlomagno contribuyó a agravar el creciente extrañamiento de la Iglesia bizantina y, por tanto, favoreció su definitiva separación de Roma. Sería falso afirmar, de todos modos, que la pérdida de la iglesia griega haya sido, por así decir, el precio que tuvieron que pagar los papas por su incorporación a la nueva familia de naciones europeas. La escisión venía preparándose tiempo ha, y por otra parte tampoco era un hecho tan fatal que no hubiera podido ser evitado, incluso después de la coronación de Carlomagno. Además, tuvieron que pasar aún varios siglos antes de que la ruptura se hiciera realmente irremediable.

## *El monotelismo.*

La polémica de los «Tres capítulos» en el siglo VI no había sido, hablando con propiedad, un conflicto entre Oriente y Occidente, una disputa entre latinos y griegos. En último término, el papa estaba al lado de muchos griegos contra una parte de la Iglesia latina. Tampoco la gran disputa teológica del siglo VII, sobre el monotelismo, fue, aunque partiera de Bizancio, una lucha entre griegos y latinos.

El *monotelismo* era un nuevo intento de reconciliarse con los monofisitas, andando la mitad del camino. La nueva fórmula decía así: En Cristo hay dos naturalezas, la divina y la humana, pero una sola voluntad *thelema*. Con esto se pretendía contentar a los monofisitas, pues según la nueva fórmula una parte de la naturaleza humana de Cristo, y justamente la más importante, estaba mezclada con la divina, o mejor dicho, fundida con ella. Por otra parte, la fórmula parecía también aceptable a los católicos, pues no podían éstos afirmar que en Cristo hubiera habido dos voluntades que pugnarán entre sí.

Tampoco aquí se trataba de una mera sutileza, como gustan de afirmar quienes no saben teología, pues todo menoscabo del dogma de la unión hipostática hace inmediatamente mella en los cimientos de la fe católica. Es como si un matemático pretendiera introducir una pequeña modificación en el postulado de Pitágoras. Bastaría este hecho para pervertir la matemática entera, en todas sus aplicaciones. No es, pues, extraño que la nueva fórmula encontrara inmediatamente encarnizados adversarios entre los teólogos griegos; entre ellos destacaba Sofronio, el que más tarde fue patriarca de Jerusalén, y el monje Máximo el Confesor, el más grande teólogo de la Iglesia bizantina en el siglo VII, que era al propio tiempo un denodado campeón de la infalibilidad y la primacía del obispo de Roma. Al lado de los monotelitas estaba el patriarca Sergio (610-638) y el emperador Heraclio (610-641). Sergio acudió al papa Honorio I (625-638) y obtuvo de él un escrito concebido en términos vagos, por el que se ve que el papa no quería saber nada de una modificación del dogma católico, pero que al mismo tiempo no se había percatado bien de los peligros que el sentido real de la nueva fórmula entrañaba.

Entonces el emperador Heraclio promulgó una ley imperial, la *Ekthesis* (638), en la que se prescribía como regla de fe la fórmula monotelita. Pero la *Ekthesis* chocó contra una fuerte resistencia, sobre todo de parte de los sucesores del papa Honorio; por eso, el emperador siguiente, Constante II (641-688), la revocó y dictó una nueva ley, llamada *Typus*, en la que se prohibía sin más ni más para lo sucesivo toda disputa sobre la existencia en Cristo de una o de dos voluntades. Pero ya que la cuestión había sido suscitada, el magisterio eclesiástico no podía guardar silencio. El papa Martín I (649-653) en un sínodo romano declaró como



doctrina de fe la tesis católica de las dos voluntades y excomulgó a los que la negaban. Acto seguido el Emperador desterró al papa al Quersoneso, en el mar Negro, donde murió al poco tiempo. Su muerte le valió el ser venerado como mártir.

### *El VI concilio ecuménico y el anatema contra Honorio.*

La paz fue finalmente restablecida por el emperador siguiente, Constantino IV (669-685). En el concilio de Constantinopla, el sexto ecuménico (680), repitióse lo que había sucedido en Calcedonia. Así como entonces el concilio aceptó sin cambiar un ápice la constitución dogmática de León el Grande, también ahora fue aceptada la constitución del papa Agatón (678-681). Al mismo tiempo, los fautores de la herejía monotelita, fallecidos ya, entre ellos, el patriarca Sergio y el papa Honorio, fueron declarados anatema.

Puede parecer a primera vista sorprendente que la sede romana haya dado su aprobación al anatema dictado contra Honorio. Objetivamente, el anatema no estaba justificado, ya que Honorio no había predicado ninguna doctrina falsa. Así lo había ya expuesto Máximo el Confesor, con toda la claridad deseable. Pero, dejando esto aparte, en la confirmación del anatema contra Honorio, ¿no iba implícita una negación indirecta de la infalibilidad papal? Cuando los papas siguientes, al subir al trono pontificio, pronunciaban su profesión de fe y en ella, como muestran los formularios del *Liber Diurnus*, nombraban también a Honorio entre los demás herejes, ¿no reconocían al menos la posibilidad de que un papa errara en cuestiones de fe?

Pero un examen más a fondo de los documentos enviados desde Roma demuestra que los papas se abstuvieron siempre cuidadosamente de contar a Honorio como uno de tantos herejes. Cada vez que se habla de Honorio se le condena siempre porque, como escribía León II en el año 682 a los obispos españoles, «no había aplastado la herejía desde sus comienzos, tal como exigía su cargo apostólico, sino que la había fomentado con su negligencia», o, según se dice en el formulario del *Liber Diurnus*, «por haber dado pábulo (*fomentum impendit*) a las perversas afirmaciones (de los herejes)». La pretensión de no haber errado jamás en cuestiones de fe, la ha mantenido siempre la sede romana antes de la disputa sobre el monotelismo, durante ella y después de ella. Cuando, casi 1200 años más tarde, se discutía en el concilio Vaticano I la proclamación del dogma de la infalibilidad papal, y los adversarios de la definición pusieron sobre el tapete la llamada cuestión de Honorio, se procedió a un cuidadoso estudio de todas las fuentes documentales y se rechazó la objeción como infundada.

El emperador siguiente, Justiniano II (685-695) convocó un concilio en Constantinopla (692), que, como complemento de los dos sínodos ecuménicos anteriores de 553 y 680, los cuales sólo se habían ocupado de cuestiones dogmáticas, debía dictar cánones disciplinarios. De ahí que este concilio sea conocido en la historia como el *quinisextum*, o sea, complemento de los quinto y sexto ecuménicos, o también el *Trullanum*, por haberse celebrado en la misma sala rematada por una cúpula del palacio imperial, llamada *Trullos* en que se había reunido el sexto concilio. Entre otras cosas, el *Trullanum* confirmó el canon 28 del concilio de Calcedonia, que concedía al patriarca bizantino jurisdicción sobre Oriente, y que ya entonces había sido rechazado por el papa. También ahora el papa Sergio I (687-701) se negó a ratificarlo. Una embajada imperial que pretendía obligar por la fuerza al papa a firmar el canon, fue expulsada, también violentamente. Tampoco esta vez se produjo el cisma, pero, lo que tal vez fuera aún peor, la gente se habituó poco a poco a que entre Roma y Bizancio quedaran cuestiones eclesiásticas sin resolver, y que la desobediencia franca no provocara reacción alguna.

### *La iconoclastia.*

La disputa de las imágenes provocó, en el siglo VIII, dentro de la Iglesia bizantina, una confusión mayor que la causada por ninguna de las herejías anteriores. Una vez más, el promotor del conflicto fue el emperador. León III el Isáurico ordenó, en el año 726, que se quitaran de las iglesias todas las representaciones plásticas de ángeles y santos; más tarde (730) la orden fue extendida a las imágenes de Cristo y la madre de Dios. Qué indujo al emperador a este extravagante proceder, que recuerda las leyes de iglesia y sacristía de José II tan ridiculizadas por Federico el Grande, resulta difícil decirlo. De seguro que en ello concurren sentimientos de inferioridad, la repugnancia que la gente culta sentía por la ingenua piedad de la plebe, el deseo de implantar unas prácticas religiosas más depuradas, más estéticas, libres de chabacanería, en una palabra, inquietudes que aún hoy día atormentan a veces a los católicos cultos. Junto a ello debió de concurrir también en León el Isáurico el deseo de no mostrarse inferior a sus nuevos vecinos, los musulmanes, que abominaban de toda representación de las cosas divinas, considerándola idolátrica. No era cuestión de que nadie pudiera reprochar a los griegos estar, en cuanto a la religión, en un nivel inferior al de los árabes.

Las disposiciones imperiales referentes a las imágenes fueron puestas en práctica en seguida y con el mayor rigor. La reacción en toda la Iglesia griega fue tremenda. La resistencia corrió a cargo sobre todo de los monjes. Hubo numerosos y sangrientos martirios. El patriarca de Constantinopla, san Germán, se dejó deponer por el emperador. En el

conflicto de la iconoclastia, la Iglesia griega hizo gala de sus mejores facetas. La resistencia fue al mismo tiempo una manifestación contra el cesaropapismo. Los teólogos escribieron vehementes alegatos en pro del culto a las imágenes, en especial el santo doctor de la Iglesia Juan Damasceno († 749), el cual, sin embargo, estaba a resguardo de las coacciones de la policía, ya que el monasterio de san Sabas de Jerusalén, donde residía, se encontraba en territorio de los califas. Los patriarcas de Alejandría Antioquía y Jerusalén condenaron la iconoclastia, y lo mismo hizo el papa Gregorio III (731-741), después que hubieron resultado vanas las amonestaciones que su antecesor Gregorio II había dirigido al emperador. Éste replicó con represalias contra la sede romana. Sustrajo a los obispos de Iliria, Sicilia y sur de Italia a la jurisdicción del papa y los puso bajo la del patriarca de Constantinopla. Simultáneamente se incautó de los bienes que la Santa Sede poseía en dichas regiones.

La iconoclastia puede, pues, considerarse una lucha del emperador contra el papa, pero en modo alguno un conflicto entre la Iglesia griega y la latina. Muchos monjes griegos huyeron a Roma, y ello dio pie a que surgieran en la ciudad toda una serie de monasterios griegos.

El emperador siguiente, Constantino V Coprónimo (741-775), prosiguió la lucha contra el culto a las imágenes. Consiguió incluso reunir el año 754 en Constantinopla un gran sínodo, que condenó dicho culto. Pretendía al título de séptimo concilio ecuménico, pero huelga decir que no fue reconocido como tal por el resto de la Iglesia. Tras la muerte de Constantino V, su viuda Irene ocupó la regencia y abrogó las leyes iconoclastas. El patriarca Tarasio celebró con los legados del papa Adriano I un nuevo concilio en Nicea (787), que es el legítimo séptimo ecuménico, en el que se definió la doctrina católica sobre el culto a las imágenes.

En el siglo IX el emperador León V el Armenio reintrodujo la iconoclastia. Puso en vigor los decretos del seudosínodo de 754 y depuso al patriarca Nicéforo, que se resistía a obedecerlo. Siguieron nuevas violencias y martirios, y una vez más se levantaron los teólogos griegos en defensa de la doctrina católica contra el emperador; destacó ahora el santo abad del monasterio de Studion, en Constantinopla, Teodoro, que tuvo que salir para el destierro. Como la otra vez, la viuda del emperador, Teodora, puso fin a la querrela (843). En conmemoración de la paz se instauró la «gran fiesta de la ortodoxia», celebrada el primer domingo de cuaresma, que aún hoy se observa en la Iglesia griega.

La disputa de las imágenes, en la que los papas hicieron causa común con la mayoría de la Iglesia griega contra las veleidades cesaropapistas del emperador, más bien contribuyó a reforzar la unidad de los griegos con Roma en la esfera eclesiástica, aunque no es menos cierto que las diferencias políticas surgidas entre el emperador y el sumo pontífice coadyuvaron a que los papas se decidieran a buscar apoyo en los reyes

francos. Sin embargo, la separación de la Iglesia griega poco después de resuelta la cuestión iconoclasta, obedeció a causas distintas y, en gran parte, personales. Verdad es que la ruptura venía ya preparada por un sinnúmero de incidentes ocurridos en los siglos anteriores; pero en modo alguno puede decirse que fuera un hecho fatal y necesario. En la historia de la Iglesia bizantina no se advierte una orientación unitaria que condujera a un extrañamiento creciente con Roma. Tanto más trágico resulta que el factor de la escisión, Focio, fuera una de las figuras más notables de la Iglesia griega, un hombre a quien sobre todo debe mucho la ciencia patristica.

### *Focio.*

En el año 858 el patriarca de Constantinopla, Ignacio, fue depuesto a consecuencia de intrigas cortesanas; en su lugar el gobierno nombró a Focio, un hombre de grandes méritos científicos que hasta entonces había sido seglar. Ignacio acudió al papa Nicolás I (858-867), el cual declaró ilegítima la elección de Focio. Éste, por su parte, reunió un sínodo que declaró depuesto al papa (867). Es más, solicitó del rey y emperador franco Luis II la ejecución de esta sentencia, no porque abrigara la esperanza de inducir al emperador de Occidente a proceder de hecho contra el pontífice, sino para subrayar que en ningún concepto reconocía el primado del obispo romano.

Sin embargo, aquel mismo año de 867, el emperador Miguel III, el protector de Focio, fue destronado. El nuevo soberano, Basilio I, depuso a Focio, devolvió la sede patriarcal a Ignacio y restableció la paz con Roma. Un concilio celebrado en Constantinopla, el octavo ecuménico (869-870), condenó a Focio y confirmó a Ignacio. Sin embargo, no se mostró éste muy agradecido al papa, pues seguidamente incorporó al patriarcado bizantino a los recién convertidos búlgaros, que se habían puesto en dependencia directa del papa.

Al morir Ignacio en 877, Focio fue vuelto a nombrar patriarca por el mismo emperador Basilio I que anteriormente le había depuesto. Parece que esta vez fue reconocido incluso por el pontífice romano. Convocó de nuevo un concilio, en el que se anuló el octavo ecuménico de 869 y se negó al papa toda jurisdicción en Oriente. Como es natural, el papa Juan VIII (872-882) no quiso ratificar este sínodo, el cual sigue empero valiendo entre los griegos como el legítimo octavo ecuménico, en lugar del de 869 reconocido por los latinos. El resto de la vida de Focio queda envuelto en la obscuridad. No está claro si fue realmente excomulgado por el papa. En todo caso, fue destituido en 886 por el emperador y parece que no tardó en morir.

Exteriormente considerada, la disputa sobre Focio no había introducido cambios esenciales en la relación de los bizantinos con el

conjunto de la Iglesia. A las muchas cuestiones sin resolver venía a añadirse ahora la del octavo concilio ecuménico. Pero los espíritus se habían habituado ya a dejar abiertas estas heridas de la unidad eclesiástica. Nadie, ni arriba ni abajo, tenía aún la impresión de encontrarse en un estado de cisma. Puede decirse, sin embargo, que a partir de Focio la escisión se consumó, si no formalmente, cuando menos materialmente. El concepto que los bizantinos tenían de la Iglesia había sufrido una importante alteración. Su doctrina de los cinco patriarcados (Roma, Constantinopla, Antioquía, Alejandría, Jerusalén) como partes integrantes de la Iglesia, se había ido poniendo tanto en primer plano, que no quedaba ya espacio para la primitiva constitución eclesiástica. Y aunque los teólogos bizantinos nunca hasta entonces hubieran negado teóricamente el primado jurisdiccional del sucesor de san Pedro, y aunque algunos de ellos lo hubieran defendido enérgicamente, como Máximo Confesor y Teodoro Estudita, sin embargo, se habían habituado a considerar al papa simplemente como el patriarca de Occidente. Nadie pensaba en la desproporción que implicaba esta tesis, puesto que, en realidad, los tres patriarcados orientales no existían más que de nombre y el patriarca de Constantinopla ejercía una autoridad limitada a un pequeño territorio, mientras que el llamado patriarcado romano abarcaba todo el resto de la Cristiandad.

Estas ideas se habían difundido antes de Focio. Lo nuevo que éste había aportado, y por lo que fue, si no el causante real sí el inspirador espiritual del cisma definitivo, era aquella repugnancia combinada con desprecio hacia Roma y todo lo latino, contra la que se estrellaron todos los intentos ulteriores de aproximación. El historiador eclesiástico y futuro cardenal Hergenröther, en el libro que hace cien años escribió sobre Focio y que influyó sobre toda la moderna historiografía, ha intentado exponer en un sugestivo capítulo los remotos orígenes de esta repugnancia, que poco a poco se fue agravando hasta convertirse en odio, orígenes que en realidad deben buscarse en el traslado a Constantinopla de la capitalidad del Imperio. De todos modos, conviene insistir frente a esto, que en la rica literatura teológica de la Iglesia bizantina anterior a Focio, no aparecen rastros de odio y ni siquiera de desvío contra Roma. Se había discutido con el papa, algunos de sus actos habían provocado descontento, como vemos ya en el gran campeón de la unidad eclesiástica en el siglo IV, san Basilio, que más de una vez había suspirado a propósito de la rudeza a sus ojos excesiva del «corifeo» romano; pero nadie había sentido como una humillación tener una y otra vez que someterse al papa, aceptar sus decisiones en materia doctrinal y sentenciar a sus propios patriarcas sospechosos de herejía, desde Macedonio hasta Sergio y Pirro. Pero las cosas cambiaron a partir de Focio. Focio, el gran erudito seglar, el mayor científico de su tiempo, introdujo en la esfera eclesiástica el orgullo

nacional griego. Desde entonces ya nadie acudió al papa en demanda de socorro, como se había hecho aun durante las luchas con la iconoclastia; ya nadie decía «Pedro ha hablado por boca de León», como se gritó en Calcedonia. A lo sumo se podían concertar convenios con el patriarca romano, pero siempre tratándole de igual a igual, como a la otra parte en un contrato.

### *Consecuencias de la separación de la Iglesia griega.*

La pérdida de Bizancio fue para la Iglesia católica un acontecimiento preñado de las más funestas consecuencias, casi tan trascendental como la aparición del Islam. En tiempo de Focio, y sobre todo en el siglo XI, cuando el cisma se consumó ya formalmente, esta pérdida podía parecer aún relativamente pequeña. El Imperio bizantino estaba quedando reducido a su mínima expresión. Especialmente cuando en el siglo XI hubo dejado en manos de los seljúcidas el Asia Menor, que había sido siempre el centro de su poderío, aparte de la metrópoli de Constantinopla, el emperador no gobernaba más que la despoblada península de los Balcanes. El número de fieles que con el patriarca griego se separaron de Roma, era insignificante en comparación con los dilatados países europeos que quedaban fieles al pontífice y cuya demografía reemprendía justamente entonces su marcha ascendente. Pero las consecuencias para el futuro fueron de gran trascendencia. Desde ahora la Iglesia tenía, además de la frontera meridional impuesta por el Islam, una frontera oriental que se iba prolongando hacia el norte hasta alcanzar finalmente el Báltico y cortar en dos todo el continente eurásico. La ocupación por los pueblos rusos del territorio situado allende esta frontera no se efectuó hasta una época muy posterior, y el hecho de que la Iglesia esté aún hoy excluida de este espacio no es debido sólo al cisma bizantino, sino que tiene además otras causas. Pero la verdad es que todo lo que después vino arranca de aquellos comienzos. La barrera meridional del Islam tiempo ha que la Iglesia la ha roto a trechos, y en otros la ha rebasado, asentando firmemente los pies en toda el África y en el Asia meridional. Pero el nordeste de Europa y toda el Asia septentrional, le han quedado hasta hoy cerradas.

El Islam y el cisma bizantino redujeron a la Iglesia, para toda la Edad Media, al centro y al oeste de Europa. Desde el punto de vista de su universalidad, era éste un grave inconveniente. Por otro lado esta concentración secular sobre sí misma ha contribuido no poco a reforzar interiormente a la Iglesia. Desde el apartamiento de Bizancio, el papa se halló, por decirlo así, único señor de su casa. Aunque no faltaran dentro de ésta los conflictos y las disensiones, no existía ya aquel foco interior de perturbaciones que había sido Bizancio desde los días del arrianismo.

No cabe duda que las pérdidas sufridas por Bizancio a consecuencia de su separación de la Iglesia universal, fueron mucho más graves que las de ésta. Los imperecederos valores que la cristiandad helena había creado desde los días de los apóstoles y que están perpetuados en los escritos de los grandes padres de la Iglesia, los ha guardado fielmente la Iglesia católica como un propio y precioso tesoro, del que aún hoy saca provecho. Aun sin Bizancio, la Iglesia católica se ha ido convirtiendo cada día más en Iglesia universal, desarrollándose hasta su florecimiento presente.